

¡FUERA, BICHO!



REFLEXIONES
EN TIEMPOS
DE CORONAVIRUS

Omar Adi



1ª edición, 2021

© Los Libros de San Juan / Omar Adi

Impreso en el Uruguay

ISBN: 978-9915-40-484-4



¡FUERA, BICHO!

**REFLEXIONES EN TIEMPOS
DE CORONAVIRUS**

Omar Adi



A la gente verosímil.

NOTA DEL AUTOR

Estas notas semanales comenzaron a escribirse cuando el coronavirus llegó a Uruguay.

Muchas de ellas se refieren a lo que iba ocurriendo en la sociedad en relación a esta maldita plaga.

Otras se hunden en terrenos fangosos y tal vez alguna se eleve un poco sobre el barro del razonamiento lento.

Todas giran en torno a cuatro o cinco núcleos de asuntos que desvelan a muchos de nosotros, hermanados en la preocupación por aportar temas de análisis en un mundo que cada día analiza menos.

No tienen pretensión alguna de trascendencia y toman formato de libro porque a veces a uno lo empujan.

Han sido publicadas semana a semana en El Pueblo de Santa Lucía que está cumpliendo sus primeros 100 años, en algunas páginas colombianas, en varios medios del interior del Uruguay y en el inefable Delicatessen del también inefable Jaime Clara.

Quítenle por favor el tono veces sentencioso y quédense con el humor y la ironía, que son formas de ternura.

Valoren que no son respuestas a casi nada. En todo caso pretenden ser preguntas a casi todo.

En fin.

Se recomienda leer una “reflexión” por día. Mayor cantidad puede provocar malestar estomacal, inflamación e incluso molestos gases.

NOTA DEL EDITOR

“Le tocaron , como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir”, señala Borges en Otras inquisiciones. Lejos de ser la excepción de tamaña sentencia, nosotros pertenecemos a los tiempos de la Pandemia por Covid . Nosotros y Omar Adi también.

La plaga es la excusa de las páginas siguientes, la punta del hilo, el pretexto que amenizará reflexiones sobre conductas y acciones. Son, es bueno aclararlo, un justificativo frágil, porque todos sabemos y cito a Pérez Reverte: “La clave no está en el “qué”, sino en el “cómo”. No en el argumento, sino en un intangible: en las maneras”.

Y las maneras del autor son de una prosa que seduce, cargada de poesía, pensamiento y humor y ese es el tránsito que depara su lectura. Deslizarse hacia la reflexión con la sutileza que lo logra el autor es su primer acierto. Los restantes, son la honestidad, la inteligencia y el respeto. Valores que han amainado antes de la llegada de la peste.

Pasen y vean. Lean con lentitud y disfruten de un texto que elude estas frágiles palabras liminares con singular elegancia.

Alfredo Valdez

ACÁ TE QUIERO VER. PERO NO TE VEO

Corre marzo de 2019 y el COVID 19 causa temor o, al menos preocupación, y nos obliga a quedarnos en casa para proteger y protegernos.

Pero hay otro virus absolutamente terrorífico de imposible erradicación que es pandemia desde siempre en este extraño mundo enfermo. Este virus, conocido como PRIYO*, obliga a quien lo padece a mirar permanentemente su propio ombligo.

En este duro tiempo pandémico, en el cual debe importarnos más que nunca el otro, asoman ejemplares de seres humanos que degradan la condición de sapiens.

Cuando debería ser imprescindible el recogimiento y la solidaridad de mano franca tendida, somos testigos de actitudes personales que empiezan y terminan en el ego siempre enfermizo de sus protagonistas.

Unos, preocupados en qué ocupar su tiempo, inventan mil formas de escapismo seguramente porque si intentan mirarse adentro saben que pueden sentir el infinito terror de no encontrar a nadie. Pero el virus en estos casos está en su primera etapa y puede no ser demasiado nocivo. Y si se manifiesta con humor y mejor si es negro, queda claro que el virus no ha entrado en el organismo porque el humor es el refugio de la inteligencia.

La alarma se enciende cuando esa gente comienza a ser auto referente todo el tiempo. Son yoyos sin hilito que van más en bajada que en subida.

Se miran el ombligo y en él comienza y termina su mundo conocido, un universo minúsculo lleno de pelusa.

No tienen la cabeza lo suficientemente bien amueblada como para tender una mano, para meterse en los zapatos de los desamparados y caminar juntos aunque sea unos metros.

Otros, muestran cómo disfrutan su obligatorio tiempo de reclusión compartiendo fotos que siempre son obscenas aunque estén comiendo un pancho. He visto a conocidos levantando en estos días vasos de whisky con un fondo de parrilla succulenta en foros supuestamente preocupados por la suerte de los demás sin hacer referencia jamás a esos demás.

Algunos se visten de solidarios y hablan y hablan y peroran y peroran aquí y allá pero a la hora de los bifés, copitos de maíz con leche descremada.

Todos ellos se miran su ombligo personal, sin importarles el vecino solo, el que vive en la calle, el compañero de trabajo enfermo, la gente de la salud que deja el alma en la cancha. Practican el distanciamiento social pero desde siempre, con pandemia o sin pandemia. Se importan a sí mismos. Y exportan lástima si los juzgamos con misericordia y asco si los juzgamos con sentido crítico.

Pido perdón por no ser misericordioso.

Por suerte hay mujeres y hombres que le hacen honor a su condición de seres humanos (de verdad humanos). Y son ellos los que te reconcilian con tus semejantes, abrazados todos en un abrazo universal, que suena a tontería new age pero es una de esas verdades de a puño que nos define desde siempre como seres plenos.

Bien sé que hay quienes abrazan sin sentir en el alma la solidaria calidez de toda cadena de unión, pero lo hacen ante la calamidad. Y no está mal.

Alguien se preguntaba si no es triste que sólo la desgracia haga a los hombres hermanos.

Es verdad, tanto como es trágico que haya quienes aunque digan que lo son, jamás serán hermanos de nadie.

Estas palabras pueden ser hirientes, lo sé.

Fontanarrosa decía que una palabra puede herir pero que un martillazo es feroz.

Ando con ganas de dar algunos martillazos.

* PRIMERO YO.

HACÉME GRANDE, MAMÁ, QUE CONSPIRANOICO ME VUELVO SOLO

El coronavirus es una herramienta del miedo para sojuzgar a los pueblos. Siempre ha sido así: los poderosos inventan catástrofes para que el miedo paralice a la gente. El Imperio, la industria farmacéutica, los chinos, me parece que Fagúndez, mi vecino de abajo que tiene cara de facho. Todo está programado para dominarnos. Hay un mundo allí afuera que se confabula en mi contra, que conspira para que yo sea una marioneta manejada por manos sangrientas y pestilentes que orientan mis decisiones. ¿Quién puede dudar que esta pandemia ha sido creada por el Imperio para que el miedo nos paralice y así poder poner en práctica sus tenebrosos designios?*

Yo puedo dudar.

¿La peste negra del siglo XV fue también una terrible plaga creada por el Imperio? ¿Tal vez por Roche?

¿La fiebre amarilla que azotó nuestras tierras en el siglo XIX fue asimismo un sangriento designio del Imperio? ¿O de repente de Roemmers?

¿Y la gripe española?

Me tenés algo cansado con tus ideas conspirativas que no tienen nada de científicas. Agitás brujas en aquellarres que te encanta remover y le envenenás la cabeza a mucha gente o bien desprevenida o bien no demasiado informada o bien propensa a subirse a carros conspirativos que son tan fáciles montar, con perdón. Sustituís a la ciencia por la ideología. Me parece que estás buscando un nicho donde destacarte con tus

opiniones tóxicas y así ganar algún dinerillo. Siempre hay nichos para ocupar y dinerillos para obtener.

Pero, amigo, nadie en su sano juicio puede sumarse a tu forma de entender el mundo.

Me equivoqué: no es de entenderlo. Es de deformarlo.

Lo triste es que lo sabés.

Y lo más triste todavía es que no te importa.

* Aunque algunas consideraciones sean muy serias y documentadas en relación al inicio del virus en China y a la supuesta negligencia inicial de la OMS. Y análisis dignos de atención hablan de un nuevo orden mundial nada espontáneo... En fin, me estoy volviendo conspiranoico.

TODA VERDAD ABSOLUTA ES UNA CÁRCEL

La inteligencia se alimenta de preguntas, no de respuestas, nos decía Einstein sacándonos la lengua.

Vivimos un tiempo que se orienta a la respuesta única, la que es previa incluso a la pregunta.

Es una de las características de ese pandémico pensamiento único que exime de pensar como lo hace todo fundamentalismo.

“Yo ya sé cómo son las cosas, no me expliques nada” (dicho a voz en cuello).

“¿Acaso pensás distinto a mí? Entonces sos un tipo de cuidado” (dicho “in pectore”).

El asunto es que si suponés eso, vos no pensás. Vos creés, suponés, que no es lo mismo. Es tu prejuicio antes que tu juicio.

Toda certeza es una cárcel dijo alguien. Todo dogmatismo te encierra, toda ortodoxia te condena a no poder salir de un cuadrado de muros que, a veces sin darte cuenta, has construido vos mismo.

Te invito a practicar un ejercicio saludable, duro pero saludable: intentá pensar por un segundo que pueden existir otras verdades distintas a la tuya. Pensálo una y otra vez, mil veces, hasta que caigas en la cuenta de que la única verdad absoluta es que no hay verdades absolutas.

Los afiches fascistas en la Italia de los años 30 rezaban: “Mussolini siempre tiene razón”.

¿Vos creés que tu ideología es la forma correcta de entender al mundo y entonces despreciás al que piensa distinto? No te encierres en esa cárcel totalitaria.

¿Has visto los milenarios símbolos del ying y el yang?

Observálos con atención.

Toda oscuridad tiene su punto luminoso; toda luz su punto de oscuridad.

Son dos fuerzas opuestas y complementarias, lo activo y lo pasivo, lo masculino y lo femenino, la luz y la sombra, el trabajo y el reposo, la danza y la quietud. Cada una de esas fuerzas está en la otra. Siempre.

De eso está hecha la vida. De un poco de blanco en lo negro, de un poco de negro en lo blanco.

Siempre hay un amanecer luego de una noche.

Y siempre hay un iceberg delante del Titanic.

Nunca todo es tormenta y nunca todo es calma.

Dejá entrar vientos nuevos en tu barco y después, cuando conozcas de dónde vienen, sepas cuál es su intensidad, sientas a qué huelen y hacia dónde te llevan, después, sólo después, navegá como quieras.

¿Y SI TE CALLÁS?

Me gusta imaginar a Confucio tocando en su trompeta una melodía de Miles Davis mientras Harpócrates le indica silencio.

Vamos a desentrañar este rompecabezas.

Harpócrates era el dios del silencio en la vieja Roma. En la entrada de los templos se representaba con un niño haciendo shhhh. Este muchacho replicaba a Horus el Niño del viejo Egipto.

Miles Davis te dice al oído que el silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.

Después de decirlo te aturde de un trompetazo.

Y Confucio, a su lado, se mesa sus luengas barbas y sentencia: “El silencio es el único amigo que jamás traiciona”.

Entonces, respetando al niño Harpócrates (pobre chiquilín) Miles David guarda su trompeta y Confucio calla.

¿A qué viene este trompetazo devenido en silencio?

Lo que humildemente intentamos es rescatar los beneficios de ese silencio en tiempos de tanta charlatanería en el cual todo el mundo opina de todo y aparecen detrás de un cardo los expertos en coronavirus que te curan si hacés gárgaras con carqueja y los que te dicen que la posible depresión del aislamiento se combate con revistas de Gene Autry y los que ideologizan hasta las cifras y llevan agua para sus molinos hablando y hablando y hablando sin que nunca hayan hecho nada por los demás.

Soy un convencido de la sincronicidad que propugnaba Jung: mientras escribo esto, un amigo acaba de enviar a uno de los

grupos que integro una máxima del Pirké Avot, también llamada La Etica de los Padres, que recopila las enseñanzas éticas de los rabinos de la época de la Mishná.

“Todos los días de mi vida crecí entre Sabios y no encontré nada mejor para el cuerpo que el silencio; no es el estudio lo esencial sino las obras y todo aquel que prolifera en las palabras conduce al pecado.”

Uno, que de judío no tiene nada, se quita el kipá como si fuera un sombrero y saluda, respetuoso (los judíos se lo dejan en señal de respeto, pero uno es muy bruto).

Olvidáte de esa kipá y del pecado, querido lector, pero decime si no es digno casi de gritarse que lo esencial son las obras y que el silencio es “lo mejor para el cuerpo”.

Si nos sentamos un rato a pensar concluiremos que sólo en silencio se escucha debidamente.

Debemos aprender a callar nuestras voces para que el premio sea oír voces ajenas y poder distinguir cuáles deben escucharse y cuáles no.

Suena grandilocuente, lo sé. Pero es una verdad a gritos.

Además, silenciarnos es el primer paso para concentrarnos, para analizarnos, para escucharnos a nosotros mismos. Es decir, para encontrarnos.

Muchos se sienten incómodos callándose.

Tememos mirarnos adentro porque le tenemos miedo a lo desconocido. Y los primeros desconocidos siempre somos nosotros mismos.

Se trata, entonces, de escucharnos en el silencio e incluso de escuchar el propio silencio, lo que ya tiene algo de hazaña.

El Tao nos dice: Aprende a ser como un espejo, escucha y refleja la energía; aparecerá la luz de tu corazón y el poder de la sabiduría del silencio.

¿Demasiado? Puede ser.

¿Quién te dio credenciales para decirme lo que debo hacer?

Nadie. Te hablo desde el corazón.

Pensálo un poco: lo mejor que podés hacer es callarte, que es lo que yo hago en este preciso instante.

NO HAY NADIE EN EL MUNDO MÁS HUMILDE QUE YO

Me tiene cansado la vanidad.

Me tiene cansado la soberbia.

Me tienen cansado los gestos cariacontecidos que quieren ser trascendentes.

Me tienen cansado los discursos que nos dicen cómo debe ser el mundo.

Me tiene cansado la manipulación del otro.

Me tiene cansado la mentira emocional.

Me tiene cansado el mal de hybris de algunos (que vayan a un psicólogo, caramba).

Me tiene cansado la falta de empatía, el irrespeto al otro.

Me tiene cansado la falta de humildad.

Si fuera cierta, la frase del título resumiría la autoevaluación de muchos soberbios: “no hay nadie en el mundo más humilde que yo”.

En un foro determinado (no es necesario dar detalles) el orador era un connotado líder muy pagado de sí mismo. Cuando promediaba su discurso la señora de un amigo, sentada en nuestra mesa, nos dijo:

- Van dieciocho.

- ¿Dieciocho qué? –preguntamos.

- Dieciocho veces que dice YO.

Escuchen bien y van a ver cómo se extiende en determinados círculo de poder este síntoma, demostrativo de que todo comienza y termina en el propio ombligo de quien habla.

Uno, desde este banquito abajo del sauce, les pide a ustedes que evitemos a toda costa ser el centro de nuestro propio círculo, que debemos vencer nuestro propio egoísmo para sentirnos solidarios de la sociedad en que vivimos.

Suena engolado, pero es así. No hay otra.

Sabemos que se ha construido una sociedad en la que se proyecta al individuo por todas partes, en constantes proyecciones de uno mismo.

Pero, precisamente, los tipos pensantes debemos elevarnos sobre nosotros mismos y mirar a los otros.

El otro es el asunto. Pensar en el otro.

Hay un hecho sintomático en ciertos foros: la selfie de sí mismo.

El tipo da una charla ante cien personas y luego publica en las redes sociales no la foto de las cien personas sino la foto de sí mismo!

Para el hombre elevado no existe el Yo; para el hombre interior no existe el mérito; para el hombre virtuoso no existe la fama, sentenciaba aquel viejo sabio chino LaoTsé.

La fama en los casos que referimos no es tal, es apenas un ansia voraz de reconocimiento, una menor ventanita (siempre tapiada) a una supuesta posteridad, al busto de bronce que jamás será construido.

Alguien decía de uno de esos tipos que “tienden” al bronce: ese es uno de los que en todo velorio quiere ser el muerto.

En un mundo en el que predomina el individualismo egoísta y las metas parciales, no hay otro camino que potenciar la conciencia.

Porque en realidad ese ego amenazante no se opone a aprender a pensar en uno mismo. El autoconocimiento es la llave para ser mejores cada día y nada más alejado a la verdad que pensar en uno mismo sea síntoma de egoísmo y vanidad.

El yo sano no es el ego enfermo.

Erich Fromm decía que sólo el yo individual plenamente desarrollado puede desprenderse del ego.

Miren el verbo: desprenderse. Fromm se desprendió oportunamente de Marcuse y Adorno e hizo muy bien, pero esa es otra historia que daría para otra *reflexioncita* de éstas.

Lo que intentamos compartir con ustedes ahora es que es imperioso desprendernos de ese ego que nos hace creernos lo que no somos.

No demos lástima. Creemos que nuestro ombligo es el brillante centro del mundo, pero siempre tiene pelusa. Y a veces pelusa vieja, maloliente.

Hay gente lúcida que nos mira.

Por ejemplo nuestros hijos, por si no nos habíamos dado cuenta.

EL NABO DEL PUEBLO

Umberto Eco, ese brillante pensador italiano, autor de ensayos y novelas paradigmáticas (¿leyeron Apocalípticos e integrados?; ¿se acuerdan de El nombre de la rosa?; ¿les suena El péndulo de Foucault?), dijo hace un tiempo:

Las redes sociales dan voz a legiones de idiotas que primero hablaban solo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad. Ellos eran silenciados rápidamente y ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los necios.

Umberto Eco ya no está entre nosotros.

Pero su avasallante legado sí.

Es que cualquier imbécil opina o parece opinar y algunos suelen descolgarse con teorías estrambóticas, te explican cómo curarte de casi todo en cuatro pasos sencillos y te indican que si tomás dos litros de alcohol a 70 grados por día no te inmunizarás del coronavirus pero tampoco te importará mucho que digamos.

Vivimos sobresaturados de mensajes que no nos dejan concentrarnos lo suficiente y menos ser reflexivos, críticos ante lo que nos dicen. Todo parece valer igual porque estamos perdiendo la capacidad de poner en práctica nuestro viejo y nunca tan necesario espíritu crítico.

Aceptemos que las redes sociales nos igualan y en alguna medida eso es bueno. Todos tenemos voz y podemos ser escuchados. El problema es que también hablan quienes no tienen su cabeza convenientemente amueblada.

No porque le falten materias de estudio sino porque les falta el mueble principal de toda casa interior: criterio.

Si le agregás análisis, cautela, medida, respeto, entonces tendrás un precioso chalecito.

Ahora, quienes no conozcan ese mobiliario quedarán siempre a la intemperie con el culo al aire.

Si no tenés ningún aporte que mejore al otro, mejor quedáte quietito.

Dejá de aspirar a los quince minutos de fama que pronosticaba Andy Warhol, al reconocimiento de los demás a cualquier precio.

Podés tener esos quince minutos mediante muchas formas de aparecer en las redes, unas simpáticas, otras trágicas, las más patéticas.

Simplemente debés pensar que luego de esos quince minutos es casi seguro que tarde o temprano te califiquen de gil a cuadros.

Pensálo. Vos no sos el nabo del pueblo.

Y menos a cuadros, qué embromar.

INSTRUCCIONES PARA VIAJAR ALREDEDOR DE TU HABITACIÓN

*Sin salir de la puerta se conoce el mundo
Sin mirar por la ventana se ven los caminos del cielo
Cuanto más lejos se sale, menos se aprende.*

*Tao Te Ching
LIBRO II cap. 47*

Esta cita refleja la sabia visión de Laotsé, el viejo maestro chino que vivió en el siglo IV antes de Cristo sin ningún coronavirus que lo amenazara.

En estos tiempos de “viajes alrededor de mi habitación”, esa invitación a la introspección del inefable Laotsé parece ser un camino para el aprendizaje.

El mundo exterior ha sufrido un cambio repentino. Ese enemigo chiquito e invisible nos cambió hasta el abrazo.

Y son inevitables el desasosiego del no sé qué hacer, el desconcierto del no sé para dónde agarrar, la incertidumbre del mañana, el miedo ante el qué me va a pasar, la angustia de haber perdido parte de mi libertad, el desgaste ante lo mismo día tras día.

Ahora, ¿qué introspección, que análisis interior puede hacer quien apenas puede alimentarse, quien vive en un rancho de lata de cuatro por cuatro con otros cinco de la familia?.

¿Qué distanciamiento social podés cumplir si vivís en un espacio de cuatro por cuatro?

¿Cómo lavarte las manos con habitualidad si tenés que ir a buscar el agua a cuatro cuadras y traerla en baldes?

¿De qué forma alimentarte balanceadamente si apenas podés parar la olla y dependés del comedor escolar para tus hijos o de alguna olla o canasta solidaria que tantas manos fraternas entregan?

Estas “Reflexiones” son sólo para quien puede leer un semanario y uno se siente culpable de estar encerrado por viejo y no poder salir a la calle a dar una mano.

Es verdad que hacemos lo que podemos desde distintas organizaciones solidarias que integramos pero no alcanza.

Quisiera poner el hombro y pongo palabras dice una canción de Víctor Manuel. Y eso es frustrante.

La imperfección del mundo es inagotable y la fragmentación social nos separa en veredas que deberían encontrarse para caminarlas todos juntos y cuando lo soñamos, nos damos cuenta que apenas somos pedacitos de nada que no pueden modificar las cosas.

Pero al menos tenemos la posibilidad de intentarlo y la ilusión –cándida dirán algunos– de mejorarlas un poco.

Todo este batiburrillo nos conduce a tomar conciencia de nuestra propia fragilidad.

Si comenzamos a ver lo que pasa y nos pasa no como amenaza sino como desafío, tal vez ya nos estemos parando mejor en la cancha para darnos cuenta que somos más fuertes de lo que pensábamos.

Superado el miedo inicial, el enojo posterior y la posible depresión, parados en la aceptación, podemos comenzar a darnos cuenta que ya estamos en el camino del aprendizaje que ojalá dure toda la vida. Y en el camino de tender la mano, que es el que alimenta el alma.

Lewis Carroll, ese controvertido matemático-fotógrafo autor de *Alicia en el país de las maravillas* se reivindica conmigo porque dijo alguna vez:

Uno de los secretos profundos de la vida, es que lo único que merece la pena hacer, es lo que hacemos por los demás.

Adentro tuyo está el veneno pero también está el antídoto.

Recorré tu mundo interior. Te permitirá aprender, conocerte y proyectarte hacia el otro.

Hay que autovacunarse. No hay otra.

¡MARQUEN A LOS NUESTROS!

“Marquen a los nuestros!” le gritaba el Chueco García a su defensa cuando a aquel Racing argentino de los años 30 le estaban haciendo goles de cabeza con demasiada facilidad.

Es que los indios no siempre están afuera del fuerte.

En tiempos en los cuales la mediocridad, el resentimiento, la estrechez de miras, la falta de gallardía se nos meten en la cancha y pueden curtirnos a goles, es imprescindible estar atentos para no perder este partido.

También hay que pelear contra la indiferencia.

Y hay que identificar lo tóxico cuando nos rodea y hay que eliminarlo, sacarlo del campo de juego a cualquier precio aunque algún distraído nos amague con la roja.

Ya vemos que son muchos los rivales.

Y como ya vimos a veces ni siquiera podemos identificarlos porque tienen puesta nuestra misma camiseta.

Se trata de estar atentos a lo que no siempre puede palpase y de hacer jugar nuestros mejores valores de empatía, solidaridad, fraternidad para pararnos en la cancha y repartir el juego evitando moñas innecesarias que sólo conducen a lo mismo una y otra vez.

Intentar el reencuentro con nosotros mismos es el camino. Puede ocurrir que no lleguemos a ninguna parte porque si nos va mal descubrimos un pueblo fantasma en el que no hay nadie o si nos va mejor puede ocurrir que redescubramos viejas ternuras, la sensibilidad del niño que por algún lado

anda jugando y al cual debemos darle lugar sin vergüenza en tiempos en los cuales la ternura está tan devaluada.

Jugar con los otros, apoyar, ayudar, usar la mascarilla más pensando en no contagiarse que en contagiarse.

Trancá fuerte a aquellos contenidos que quieran jopeártela.

Marcá a los tuyos. Y si el egoísmo quiere entrar a jugar este partido, decile que está fuera del plantel.

¿ME PERMITE ESTA PIEZA, JOVEN?

Encerrados o liberados, seguimos viviendo tiempos donde se adora el éxito, la fama, la utilidad, la eficacia, el poder y todo vale para conseguirlos y quien los consigue es un triunfador.

Vivimos en la sociedad del rendimiento, en un tiempo marcado por la hiperactividad, la hiperatención y la autoexplotación, un tiempo que *huele a cansancio, a falta de autenticidad y de sentido* como bien se ha dicho.

Todo se mercantiliza y para cumplir con las expectativas de esta sociedad de consumo debemos trabajar hasta que las velas ardan (o no ardan, nunca supe cómo es ese asunto) aunque se nos quemem los dedos.

No hay espacio para el viejo y querido ocio creativo que es, por ejemplo, el que motiva estas notas.

En estos momentos de cuarentena, tenemos más tiempo para repensarnos.

Es entonces que uno comienza a preguntarse qué debe hacer para escapar a esa cárcel tóxica del tanto tienes tanto vales o al prestigio en base al poder, al dinero, al rendimiento.

Y supone que podría comenzar por preferir la gente a las cosas.

Y podría seguir porque nos importe poco el juicio de quienes se manejan con esos parámetros tóxicos.

Como decía Churchill, preocupáte más de tu conciencia que de tu reputación.

Estos tiempos coronavirescos nos dan la posibilidad de pensar y entonces pensarnos, lo cual es todo un desafío.

Y pensarnos nos da la posibilidad de construirnos mejores, con cimientos más sólidos.

Nos abre caminos que no habíamos transitado repensando lo que creíamos irrefutable, descubriendo nuevos contenidos e incluso creando otros.

¿Y si dejamos de correr en estos días donde puede haber lugar para la reflexión?

¿Y si creamos espacios creativos donde el ocio es música y es danza?

¿Y si danzamos en soledad girando en torno a alguna idea-fuerza para intentar la armonía con nosotros mismos siguiendo el particular ritmo, cadencia y melodía de nosotros en relación al todo?

Parecen palabras altisonantes con tufillo a new age.

Pero no lo son.

Pensar es danzar con las ideas.

La música sale de adentro.

Escrito en el Día Internacional de la Danza, en homenaje a mi bailarina Nilda.

AQUÍ NADIE TIENE LA RAZÓN

Un amigo me decía: “tus notas son juguetonas y arrogantes”. Yo le agregaría irónicas y tendríamos el cuadro completo.

El asunto es que estas reflexiones no pretenden pontificar, ni aconsejar. Ni siquiera sugerir. Son simplemente reflexiones personales que no puedo callar porque como digo siempre a veces salen más de las tripas, corazón incluido, que de la razón.

Comparto el impulso con ustedes no sin cierto rubor, lo confieso.

Vamos a intentar sobrevolar el territorio y ver si podemos ubicar cada cosa en su lugar para decir lo que queremos decir con la mayor justeza posible.

Hace unos años estuve en Barranquilla y tuve la suerte de entrar y tomar algo en el bar La Cueva donde García Márquez y su barra se reunían en un ambiente de bohemia y camaradería como era el de nuestros boliches de antes.

El lema de siempre de ese bar-restaurantemuseo de la calurosa Barranquilla es AQUÍ NADIE TIENE LA RAZÓN.

Me atrevo a soñar que ese lema debería ser el de todos quienes creemos en la conciencia crítica, en el libre pensamiento y por consecuencia, en el respeto al semejante, el lema de quienes no confundimos verdad con opinión y entonces no descalificamos al otro porque piensa distinto.

Querer tener siempre la razón y ser portavoz de la verdad revelada huele mal desde el comienzo.

Alguien dijo que sólo hay una verdad absoluta: que no hay verdades absolutas.

El entrañable Antonio Machado nos decía: *¿Tu verdad? No. La verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela.*

Creerse dueño de la verdad parte de una supuesta superioridad moral que vaya a saber uno quién te dió y que conlleva la cosificación del otro. El otro es una cosa, inferior, manejable, parte de un rebaño al que hay que orientar.

Es bueno recordar que toda la población del universo, con una insignificante excepción, está compuesta por otros, se ha dicho sabiamente.

Coloquemos en el centro del territorio que vos siempre sos el otro del otro.

Si sos parte del rebaño para tu semejante, no hay oveja que aguante y el lobo se relame tras los árboles.

Todo dogmatismo (que no es tener ideas sino ideología), desprecia a ese otro y lo coloca automáticamente del otro lado del foso, donde están los enemigos.

Ese virósico y altamente tóxico *si no pensás como yo, sos mi enemigo* es tan irracional como peligroso porque toda verdad única es peligrosa.

Es el dogma totalitario en exacta oposición al lema libertario del bar La Cueva de García Márquez.

Los invito humildemente a guardarnos nuestra verdad, a buscarla en otros parajes y a valorar la del otro que, mire usted, capaz que tiene razón.

CADA MIGAJA ES EL UNIVERSO

Si algunos de nosotros, los que tenemos la posibilidad de hacerlo, tenemos ganas (porque tiempo nos sobra) de analizar con calma dónde y cómo estamos parados, caeremos en la cuenta que somos parte de un todo.

En la naturaleza no existen los fragmentos. El más pequeño de los pedazos sigue siendo el todo. Cada migaja es el universo nos cachetea Pascal Quignard.

Somos un pedazo minúsculo, insignificante, de este vasto y maravilloso universo, somos polvo de polvo de estrellas, polvo de polvo cósmico, el mismo de millones de años atrás, cuando sólo estábamos en el lejano proyecto del dios que cada uno tenga.

Acostumbrados como estamos a percibir la realidad desde una postura egocéntrica, yoica hasta el asco, narcisista por destrozo, nos cuesta trabajo entender que somos una parte de ese todo, o mejor dicho, que somos a la vez parte y todo.

Parece haber una verdad no siempre fácil de internalizar y es que sólo hay una cosa que no depende de otra cosa y eso es el todo, la existencia absoluta, a la cual podemos darle el nombre que queramos para nombrarlo y sentirlo más cerca cuando nos maravillamos.

En un mundo en el que predomina el individualismo egoísta y las metas parciales, es necesario potenciar la conciencia. Es que nuestras vidas no están bajo nuestro control porque existimos en función de lo que nos rodea. Hay interdependencia con lo otro, eso que nos cuesta tanto asumir dominados por el avasallante individualismo de los tiempos

que corren (y que nos corren, que es peor). Si lo pensamos bien, veremos que nuestra alma es inseparable del alma del mundo.

Somos nosotros y somos todo, COVID 19 incluido, porque existe una mística resonancia entre el cosmos y nuestro universo interior.

Todo está en todo, lo que está arriba está abajo, decían los viejos sabios. Y nos pasa lo que le pasa al mundo, sencillamente porque somos parte de él.

El asunto y aquí está la llave que abre puertas, es que podemos modificarlo. Y como estamos tirando contenidos en esta olla colectiva para que cada quien extraiga lo que le guste y le parezca, veamos lo que decía Eugenio Montale, un memorable poeta genovés.

He contemplado desde la luna, o casi, el modesto planeta que contiene filosofía, teología, política, pornografía, literatura, ciencias exactas y ocultas. Adentro además, están los hombres y yo entre ellos y todo es muy extraño.

Hay un mundo a nuestro alrededor que no conocemos y entonces no entendemos. Una extraña realidad que se transforma por nuestra actitud, por nuestro trabajo de intentar comprenderla para transformarla, mejorándola.

En este momento tan particular que nos toca vivir con la pandemia modificando cada momento de nuestras vidas, lo que hacemos es lo que define lo que tenemos y lo que tendremos.

Y nosotros, modestos habitantes del planeta del cual hablaba Montale, apenas migajas tal vez sin valor nutricional, intentamos comprender esa extraña realidad y nos esforzamos como tantos de ustedes por mejorarla con todas nuestras humildes fuerzas. No hay otra.

¿QUE QUEDARÁ CUANDO TODO EL RUIDO SE HAYA IDO?

El Oráculo de Delfos decía:

Te advierto, quien quieras que fueres, ¡OH! Tú que deseas sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas dentro de ti mismo aquello que buscas, tampoco podrás hallarlo fuera. Si tú ignoras las excelencias de tu propia casa, ¿cómo pretendes encontrar otras excelencias? En ti se halla oculto el Tesoro de los Tesoros. ¡OH! Hombre, concóctete a ti mismo y conocerás el universo y a los Dioses.

Conócete a ti mismo, la máxima vieja como el mundo y entonces siempre nueva, nos propone buscar dentro de nosotros mismos para ser no lo que nos suceda sino lo queelijamos ser.

Un viejo aforismo dice: ponte a cavar en el lugar donde tienes los pies; allí encontrarás la vertiente.

Quien mira hacia adentro, despierta, se ha dicho.

Y en verdad todas las citas con las cuales los estamos cansando, significan lo mismo: la imperiosa necesidad de mirar adentro para luego mirar alrededor y entender un poco más este universo complejo.

En estos tiempos de enclaustramiento nada mejor que despertar de la siesta para vicharnos un poco y tal vez poder descubrir con asombro lo que somos y lo que podemos ser.

Son buenos tiempos para perder el tiempo, diría un distraído.

Nuestro imperativo es ver lo que queda cuando todo el ruido se haya ido, cuando la pandemia sólo sea un recuerdo que

será o no doloroso y del cual podremos o no haber aprendido algo.

Buda, grano de arroz más, grano de arroz menos, sentenciaba que todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado.

Y aquí entra la interrogante de si existe una verdadera correspondencia entre lo que pensamos dignamente y lo que hacemos en consecuencia.

En estas épocas y en tantos foros en los cuales uno participa, duele palpar la discordancia, la contradicción de algunos entre lo que piensan, dicen y hacen, con especial énfasis en la discordancia decir-hacer.

Y entonces entramos en el terreno de las preguntas.

¿Hacemos algo para modificar un mundo que sabemos resquebrajado en valores, en principios?

¿Hacemos algo para combatir los síntomas de una enfermedad grave y quizás terminal de nuestra civilización occidental, que los expertos dicen que se traduce en acoso, hedonismo, consumismo, deterioro del tejido social, deconstrucción de la educación, desmoronamiento de la comunidad?

¿Seremos recordados forjadores de un mañana mejor luego de la reflexión a la que nos somete la pandemia o tristes sepultureros de toda posibilidad de renacer mejores?

Algún día lo sabremos. Por ahora parece que no.

SE BUSCA GOLLETE URGENTE

A muchos de nosotros nos siguen reventando la injusticia, la soberbia y la estupidez.

Pero, ¿a quién puede importarle lo que a nosotros nos importa? No es el camino adecuado partir de nuestra visión de las cosas, siempre parcial, casi siempre poco fundada, la más de las veces visceral.

Sin embargo, aunque no podamos cambiar esta realidad que sentimos dolorosa, al menos podemos elegir cómo y hacia dónde la vamos caminando y eso es lo que compartimos con ustedes, en la íntima e inocente esperanza de que pueda servirle a alguien.

En un foro de amigos nos hemos propuesto encontrarle sentido a lo que parece no tenerlo, es decir encontrarle el gollete a un momento desgolletado del mundo.

Hay tres conceptos que entendimos imprescindibles para conformar el gollete:

Reflexión.

Diálogo.

Ejemplo.

Y a ellos le sumamos las llamadas tres Joyas del Tao*:

Compasión.

Moderación.

Humildad.

Si fuera guarda en este transporte colectivo que va marchando en la búsqueda hacia mejores destinos, me quedaría con esas

seis paradas y sin dejar subir a nadie más por un rato le gritaría al conductor:

- Cerrá y vamos!

Es un viaje para entretenerse.

* Si algún/a lector/a quiere adentrarse en las enseñanzas del Tao, le aseguro que no se va a perder en ese viejo y siempre renovado camino.

EL TITANIC, EL ICEBERG, EL PAPA Y MIGUEL ÁNGEL

Muchos de ustedes conocerán ese chiste metafórico que nos ubica en el siglo XVI cuando Miguel Ángel llevaba más de cuatro años pintando sus frescos en la bóveda de la Capilla Sixtina con el minucioso detalle de su genio y el casi sobrehumano esfuerzo de hacerlo sobre andamios solo, sin ayudantes.

Imagínense a Miguel Ángel a punto de culminar su titánica obra luego de cuatro años y medio de soledad creativa con su columna hecha pelota, cuando llega un agitado ujier compungido que le dice:

- Miguel Ángel, el Papa quiere empapelar.

Siempre la vida puede empapelarnos las coloridas buenas intenciones, oponernos un nuevo obstáculo cuando suponíamos que habíamos sorteado todos, siempre puede haber un iceberg delante del Titanic.

Digo puede, no debe.

¿Pesimismo a ultranza?

No. No se trata de vivir bajo el temor de lo que vendrá. Simplemente se trata de saber que puede venir. Porque eso nos da una perspectiva de nuestra fugacidad, nos hace internalizar el “no te la creas”, nos hace sentirnos partículas mínimas del universo, que es lo que somos, y actuar en consecuencia, sin patéticas arrogancias.

Los últimos informes científicos acerca del coronabicho no son alentadores y todo hace suponer que debemos aprender a

convivir con él durante un tiempo que aún no puede determinarse y que dependerá de que una vacuna o algún medicamento específico esté al alcance de todos.

Se ha dicho que podés elegir mirar hacia otro lado, pero nunca podrás decir que no lo sabías.

La gente despierta debe estar más despierta para pararse bien en una cancha en la que puede jugar de visitante a un deporte que no conoce del todo.

Hay que estar preparados para lo que puede venir, tener planificado el futuro cercano, aunque alguien haya dicho con razón que uno hace planes y dios se ríe.

En estos tiempos de confinada incertidumbre, mientras proyectamos cómo vamos a caminar el tiempo que viene, si aguzamos el oído podemos escuchar unas contenidas carcajadas compasivas.

LEVANTATE, OFELIA, QUE YA PASARON LOS ÍNDIOS

La luz del sol es el mejor desinfectante.

En todo sentido.

Me hago eco de la desesperación por respirar un poco de aire libre, de que nuestros gurises jueguen en las plazas, de poder caminar bajo los árboles y respirar esa vida que late fuera de nosotros.

Pero ni calvo ni con dos pelucas.

Cuando uno ve la multitud desaforada codeándose en un paseo de compras porque le autorizaron a abrir la puerta de su cárcel personal, duda de la cordura de sus semejantes.

Es como si todos se hubieran dicho: ahora sí, avanti bersaglieri!

Paul Valery lloraba afirmando que entramos al futuro caminando para atrás.

Prefiero el ir pa'lante y p'atrás ni pa'tomar impulso, como decía un amigo.

Ese irreflexivo “avanti!” tiene mucho de entrar a la batalla caminando hacia la derrota. Seguimos el camino fácil del tropel: cortamos el hilo, no desatamos el nudo, que eso lleva tiempo y las inevitables frustraciones.

Vamos p'allá que es gratis!

Estas líneas están escritas cuando un malón invadió una 18 de Julio convertida en peatonal, días después que otro malón peatonal se chocaba con un malón de bicicletas en la Rambla.

¿Nos parece equivocada esa apertura? Claro que no. Pero nos afiliamos a una apertura responsable. Y la responsabilidad está en quienes deben indicarnos quienes y a qué hora y dónde y qué hacer y qué no. No de abrir las compuertas y dále que es tarde, que se nos inunda todo.

Y la otra parte de la responsabilidad, tal vez la decisiva, está en nosotros, en cada uno de nosotros.

¿Por qué no usar barbijo? ¿Por qué no mantener la famosa distancia social?

¿A mí no me afecta? ¿Todo ésto es una gran mentira que busca la instauración de un nuevo orden mundial y en realidad todo es joda? ¿Es el imperialismo con Bill Gates a la cabeza que busca controlar a la humanidad mediante el miedo? ¿Los científicos que se queman cabezas y corazones advirtiendo y buscando soluciones son unos cretinos útiles y yo soy un crack?

Uno puede llegar a pensar que no todos los indios están afuera del fuerte pero no quiere hacerlo y le gusta soñar que vaqueros, indios, el sheriff y el pistolero, la cantante del saloon y el barbado barbero estamos todos juntos cuidándonos unos a otros en este pequeño pueblo del oeste.

O del sur, que este mundo ya no tiene ni norte.

EL SUSURRO DEL TERCIOPELO

Lamento que esta nota tenga retrogusto amargo. La forma de endulzarla es examinarnos mejor.

La situación es la siguiente: además del COVID 19, sabemos que muchos otros virus circulan entre nosotros y para esos sí que no hay vacuna que los elimine ni medicamento que los combata, excepto el autoanálisis.

Los hisopados han detectado el virus del terciopelo, que padecen quienes quieren sentarse en el aterciopelado sillón de un consejo, el virus de la foto junto al poderoso que nunca capta los empujones para quedar en primera fila, el virus del cayado para sentirnos pastores de rebaños, el del bastón de mando para dar órdenes al subalterno, el de la página en la prensa (en lo posible no en policiales, por favor).

Vivimos en una sociedad puro ombliguismo, donde el individuo es proyectado por todas partes, en constantes proyecciones de sí mismo como se ha dicho.

Queremos ser alguien, a toda costa. Nos obligan a querer ser alguien.

La pregunta es si es la sociedad que nos proyecta, que nos hace ser parte de esa tóxica locura o también somos nosotros que no podemos escapar porque no ponemos el suficiente empeño que debe comenzar siempre en el “darnos cuenta” de que somos lo que somos y de que sólo el esfuerzo y el estudio puede darnos herramientas para edificar y que la vida no es lo que queremos que sea sino lo que es, imperfecta e injusta.

En estos tiempos cada vez hay menos lugar y tiempo para detenerse y mirar al otro y mirarnos a nosotros en relación a

ese otro y entonces no hay lugar para preguntarnos qué lugar ocupamos, hacia dónde vamos, cómo vamos, para qué vamos y –la sellada– por qué vamos.

La vida examinada es la única que merece ser vivida sentenciaba Sócrates, que algo sabía de examinar las cosas.

El tiempo no alcanza, los resultados deben ser inmediatos. Es el flagelo de la inmediatez que nos azota. Todo debe ser ahora, ya mismo, ir por el atajo sin conocer ni el camino ni el destino.

Y esa inmediatez y ese éxito anhelado nos obligan a creer que tenemos derecho a acceder inmediatamente a alguna gerencia de descubridores de atajos.

El centro del asunto es que no estamos preparados para el fracaso. El principio de Peter nos dice que ascendemos hasta nuestro punto de incompetencia. Y no lo sabemos.

Los sabios árabes nos advertían que el hombre no puede saltar fuera de su sombra.

En realidad es un tema de supervivencia.

Cuando no podemos conseguir el sillón de terciopelo, cuando caemos en la cuenta que el cayado y el bastón sólo pueden ser de papel maché, no sabemos cómo afrontarlo y nos hundimos no precisamente en el sillón.

Hay gritos desgarradores que hacen temblar las paredes interiores de muchos.

Los viejos indios cherokees saben que casi siempre esos gritos son el resultado de susurros no escuchados.

Les advertí del retrogusto amargo, ¿no?

ESTA GALLETITA TIENE GUSTO A BAROMÉTRICA

Observe a su alrededor y va a notar que por suerte muchos no creen lo que usted les dice (no tienen por qué hacerlo), creen un poco lo que les dice algún amigo y –eso sí– creen a pies juntillas lo que se dicen ellos mismos.

Que lo que se digan sea o no cierto, que lo que se diga se base en datos de la realidad o en su forma personal de ver y entender las cosas, es harina de otro costal con la cual pueden hacerse bizcochitos de muy buen aspecto pero de sabor terrible.

Se han dicho a sí mismos que nadie puede enseñarles nada de cómo hacer bizcochitos y extienden ese convencimiento a casi todos los órdenes de la vida.

Nos decía Unamuno con cara trágica pero muerto de risa:

Lo sabe todo, absolutamente todo; fíjese lo tonto que debe ser.

Un amigo cirujano nos regalaba una máxima que corresponde a su profesión pero que a nosotros nos gustaría poder extender a cada momento de nuestra vida: *el que no sabe lo que busca no entiende lo que encuentra.*

Hay quienes tienen la actitud autosuficiente de haberlo encontrado todo aunque nunca hayan buscado nada duradero, más allá del dinero, la fama o el poder, que es todo charamusca.

Casi siempre es gente que tiene una sonrisa que puede ser encantadora, pero que si miran bien notarán que sólo la tienen en los labios. Hay algo acerado y afilado en el fondo de su

mirada, que si llega a ser verdad que refleja al alma, agarráte Catalina que hay curva.

Son los que se pagan y se dan el vuelto ellos mismos.

Creo que era Rosencoff quien decía con respecto a una figura pública: “en un entierro, ese quiere ser el muerto”.

En varias de estas atrevidas (y engreídas) reflexiones he conversado con ustedes de esta pandemia de los tiempos que corren y nos corren: la exacerbación del yo, la vanidad, el no darnos cuenta que no siempre somos lo que creemos ser, el creernos onnisapientes.

La genialidad de Woody Allen lo hizo decir: “yo nací bajo la creencia hebrea pero al crecer me convertí al narcisismo”.

El narcisista es ciego para ver al otro y lo que supuestamente aporta a los demás está amasado desde el egoísmo. Da porque espera ser reconocido.

Por eso los bizcochitos que hornee siempre tendrán un sabor asqueroso.

EL MAR INTERIOR

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación; lo teníamos todo, no teníamos nada.

Las proféticas primeras palabras de “Historia de dos ciudades” que Charles Dickens publicaba en 1859, nos planta en este tiempo incierto, donde todo es impredecible y la princesa de tus sueños o el monstruo de la laguna negra se te pueden aparecer a la vuelta de la esquina.

De repente es la misma esquina de Barcelona donde en su *El juego del Ángel* el magistral Ruiz Zafón plantea el siguiente diálogo:

- *Tiene usted mala cara.*
- *Indigestión.*
- *De qué?*
- *De realidad.*
- *Póngase a la cola.*

Desde esta esquina de Montevideo (donde hace un frío que parecen dos) no perdemos nuestro hábito de sermonear y pensamos y compartimos con ustedes que para mejorar la indigestión debemos alimentarnos sanamente (en todos los sentidos), tomar aire libre (también en todos los sentidos), salir de la agobiante realidad de la ciudad sitiada y recuperar algo de la vieja inocencia, dejando de pisar charquitos sucios y volviendo el alma hacia la perdida capacidad de asombrarnos ante lo luminoso.

Estos tiempos y estas esquinas nos hacen descubrir y redescubrir maravillas que no veíamos.

Más que panorama desde el puente, permítame compartir con usted este panorama desde el camión que intenta contener profundidades.

El padre de un amigo, camionero de Drabble (hoy José Enrique Rodó), trajo a Montevideo a unos hombres de campo para hacer una changa.

Luego de cumplir el trabajo, uno de ellos, un muchacho muy joven, le dijo al chofer con humildad y algo de vergüenza:

- Disculpe, pero... quiero conocer el mar.

De los cinco del grupo, uno gordo con bigotes y boina permanente, se arrogaba el ser “conocedor” porque ya había estado una vez en Montevideo y entonces ninguneaba a los otros desde la superioridad que le daba “la experiencia”.

El camionero accede a la petición, toma Comercio hacia la Rambla y cuando están por llegar ocurre el siguiente diálogo en la caja del camión.

Deslumbrado ante la imponencia del mar, el muchacho exclama:

- Ay, mi dios! Cuánta agua!

Y el gordo de boina y bigotes, mirándolo desde su corta estatura, se saca el pucho y le dice sobrador:

- Y abajo hay más.

Dejo un espacio para que se rían un poco, que falta nos hace.

Comentábamos en un grupo de amigos el otro día que debemos recuperar la capacidad de asombrarnos porque haya tanta agua y además debemos trabajar para que abajo siempre haya más.

Andábamos metafóricos ese día.

El hombre que no se encuentra a sí mismo nunca podrá encontrar nada.

Sería penoso que nos enfrentáramos al ancho mar que contenemos y nos recorre y no tuviéramos ni idea de cómo navegarlo.

EL RETORNO DE LA POLICÍA DEL PENSAMIENTO

Andan tirando estatuas en Estados Unidos y hasta cortándole la cabeza a Colón, escribiéndole grafitis en Gran Bretaña a Churchill y así.

La causa es la indignación, pero como nunca es racional arremetemos quinientos años tarde contra lo que representa el mal que queremos combatir.

Los cuestionamientos siempre deben ser bienvenidos pero el asunto se torna discutible cuando tomamos el símbolo como si fuera el contenido y lo juzgamos hoy conociendo poco del tiempo histórico que vivió el decapitado.

Estamos juzgando el pasado con ojos del presente, realidades de contextos sociales determinados con ojos de hoy. Y sin lentes.

Son quinientos años de diferencia, pero parece no importar. Hacemos un revisionismo histórico a destiempo, practicamos un anacronismo que no nos deja bien parados, como a las estatuas.

Permítanme hacer un ejercicio con ustedes y trasladar los íconos históricos a los íconos del arte.

Aquí tampoco nada es lo que parece.

Miren.

A poco que los conozcamos, veremos que el antisemitismo asoma en Quevedo, Voltaire, Wagner, Degas, Ezra Pound, T. S. Eliot, Dickens.

Flaubert pagaba para acotarse con adolescentes.

A Norman Mailer se le descontrolaba el termostato al punto de intentar matar a su mujer.

Coco Chanel era colaboracionista nazi.

A mis admirados Celine y Simenon se les levantaba sola la mano derecha.

Edith Piaf, Cocteau, Maurice Chevalier también coqueteaban con el régimen nazi de ocupación.

Neruda abandonó a su hija hidrocefálica a quien calificaba de “un ser totalmente ridículo”.

Picasso era misógino, Genet ladrón, Caravaggio asesino, Lord Byron incestuoso, Rimbaud traficaba esclavos y armas; Rafael Alberti elogió a Stalin por “su bondad, su conocimiento de la gente, su deseo de verla feliz”.

El propio Stalin casi se ordena de sacerdote ortodoxo y el Concierto para piano N.º 23 de Mozart era su favorito.

¿Menospreciamos a Alberti y aplaudimos a Stalin?

¿Despreciamos a Voltaire, Quevedo, Ezra Pound, Eliot?

¿Descalificamos la música de Wagner y la pintura de Degas?

¿Expulsamos a Celine, Flaubert, Rimbaud, Simenon, Quevedo, Lord Byron, Cocteau, del alto lugar que ocupan en el plantel que puede ganar cualquier copa del mundo?

¿Le quitamos a Neruda su Nobel de Literatura?

El ejemplo paradigmático que todos entendemos por cercano es Maradona.

¿Lo juzgamos como tipo o como jugador de fútbol? Que cada uno elija en qué tribuna se para.

La verdad rara vez es pura y nunca es simple decía el genial Oscar Wilde, que no era un tipo simple.

¿Qué pretendo decir con ésto? Que toda obra de arte se sostiene por sí misma y no podemos juzgarla según las particularidades personales de su autor, que cada ser humano tiene claroscuros insondables y que sus miserias personales no se tocan con el arte que crean.

También se afirma que en algunos casos, cuando el asunto es ideológico, el ser humano se adapta a su tiempo para sobrevivir. En este caso creo que no estoy de acuerdo, pero ¿a quién le importa mi opinión?

Entender no es justificar.

Queda planteado el tema para discusiones familiares en estas épocas de cuarentena, incluyendo el sano consejo de que si salen a correr no se detengan en la plaza no sólo por la distancia social que impone la pandemia sino por el regalo habitual que imponen las palomas.

SE ES O NO SE ES

¿Leyeron el título? Eso es un palíndromo. Se lee igual para atrás y para adelante.

Podemos sustituirlo por “somos o no somos”, que funciona igual.

Pero esta reflexión que se va a caracterizar por su “poquedad” sólo quiere compartir con ustedes el concepto que encierra el título, no la supuesta gracia de un palíndromo.

La genialidad plena de humor de Mark Twain nos decía que hay dos momentos cruciales: cuando nacés y cuando descubrí para qué.

Ser o no ser nos grita Hamlet y nosotros no sabemos bien ser o no ser qué, salvo calaveras finales.

Qué eres, quién eres y la sellada de para qué eres son preguntas básicas pero de difícil respuesta que sólo podremos respondernos ante nuestros propios espejos que es imprescindible consultar una y otra y otra vez.

A veces nos hacemos los distraídos con nuestra conciencia y justificamos toda macana.

Y no nos damos cuenta que los otros nos miran y nos juzgan, que nuestros hijos y nietos nos miran y nos juzgan y que —es lo más terrible de todo— nosotros mismos, cuando crecemos, deberíamos estar mirándonos y juzgándonos.

No hay dios que nos sustituya.

Es que no parece haber otro camino para crecer que el autoanálisis, la autocrítica. Aunque hagamos mil fintas, no es posible ocultarnos de nosotros mismos: a cada rato se le cae el conejo al mago.

¿Se acuerdan el diálogo del soldado con su Sargento?

SARGENTO: Soldado, no lo vi en la prueba de camuflaje.

SOLDADO: Gracias, mi Sargento.

Camuflarse para no verse es una práctica engañosa. Vivir haciendo pases mágicos para escondernos de nosotros mismos es tapar el sol con un dedo o cocinar al conejo en una cazuela para evitar de una vez por todas que se nos caiga y los demás descubran el truco.

Compartamos otro palíndromo: “Ojo! Corre poco perro cojo”.

Y conejo, ni te digo.

ESCULPÍTE A VOS MISMO, MUCHACHO

Giovanni Pico della Mirandola allá por el siglo quince, en su famosa *Oratio pro hominis dignitate*, que podría catalogarse como un manifiesto del humanismo renacentista, imaginaba que Dios le decía al hombre:

No te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, libre y soberano artífice, te plasmaras y esculpieras en la forma por ti elegida. Tú podrás degenerar hacia las cosas inferiores, hacia los brutos o podrás regenerarte, según tu voluntad, hacia las cosas superiores que son divinas.

Dicho en pocas palabras: decía que somos libres y nos co-creamos con el dios que elijamos.

Pavada de libre albedrío, pavada de responsabilidad, mi amigo.

Si tenía razón el dios de don Giovanni, no queda nadie a quien echarle toda la culpa salvo a nosotros mismos, porque echársela a dios está bravo.

Debemos dirigir nuestras propias vidas. O co-dirigirla, como prefieran.

Somos responsables de nosotros mismos y entonces de nuestras acciones y sus consecuencias o por el contrario, estamos predestinados a lo que nuestro dios haya dispuesto para nosotros.

Si la culpa de que nos vaya mal la tiene el todopoderoso, todo es más simple.

El pobre dios, sea cual sea en el cual creamos (si es que creemos), debe mirarnos desolado desde allá arriba

arrepintiéndose de haber parido un bicho tan injusto. Un bicho que, incapaz de asumir sus macanas, culpa siempre a otro bicho, el más abundante por estas tierras: el chivo expiatorio.

“Yo no fui”, “la culpa es de aquél”, decimos con cara de otro bicho, el carnero. Y degollado, por si fuera poco.

George Bernard Shaw, que tenía en su adultez una respetable chiva blanca, el polémico dramaturgo irlandés que fue la primera persona en recibir un premio Nobel y un premio Oscar y que admiró a Mussolini y Stalin a la vez (lo que no invalida su genio, comentario que no tiene nada que ver con el tema que nos ocupa pero no pude resistir la tentación), nos dijo, seguramente muy enojado:

La gente está siempre culpando a sus circunstancias por lo que son. Yo no creo en las circunstancias. La gente que progresa en este mundo es la gente que se levanta y busca las circunstancias que quiere, y, si no puede encontrarlas, las hace.

Debemos mirar con mucha atención y eventualmente protegernos de quienes siempre se presentan como víctimas (del mundo, del otro) cuando en realidad son victimarios sobre todo de sí mismos, de aquellos que no se sienten responsables de lo que les pasa, de los que expectoran la culpa y te la salpican en la cara (sacáme esa gotícula de ahí!), de los que culpan a las circunstancias (el asado me quedó gomoso porque la leña estaba húmeda).

¿Cuál es el propósito de estas elucubraciones? ¿Pontificar?
¿Crear que tenemos una verdad revelada que el lector debe seguir? Nada de eso.

El único propósito es agitar neuronas, ver si la conciencia crítica asoma y discute este mundo de verdades únicas, donde

pocos se hacen cargo y reconocen, humildes, que metieron la pata como hacemos nosotros todos los días.

Y ya que estamos, los invito cordialmente a sustituir el chivo expiatorio por un chivito al plato con fritas. Es más sano para el alma.

VEINTE CENTAVOS EN LA RANURA

Raúl González Tuñón, aquel recordado poeta llamado “pichón de Argentina” decía allá por 1928 en lo que fue la letra de una milonga:

*Y no se inmute, amigo, la vida es dura,
con la filosofía poco se goza.*

*Eche veinte centavos en la ranura
si quiere ver la vida color de rosa.*

Todos conocemos quienes se embelesan con la mujer barbuda del teatro de diversiones y echan veinte centavos en la ranura para que las lucecitas los deslumbren y la mujer barbuda se desnude pero nunca del todo, que barba y desnudez al mismo tiempo es difícil de soportar.

Este mundo poco serio tiene mucho de viejo circo, con lucecitas y mujeres barbudas. De truculencias que ganan audiencia, de simplicidad rampante, de argumentos infantiles y pueriles, de contenidos terrajas, de blanco-negros sin grises, de imperio de las cualquiercosarias redes sociales, de la caja boba con más mediocridad y bobera que nunca, de los discursos dirigidos a masas que no entienden demasiado, de léxicos de doscientas palabras escasas, de soluciones facilongas para cuestiones de vida o muerte, del mundo dividido en amigos-enemigos para todo, en derechos sin obligaciones, en el honor como una antigualla, en la primera superficie de todas las cosas sin que siquiera se sospeche que puede haber algo más allá.

La macana de los veinte centavos en la ranura es que ya no hay monedas de tan bajo valor pero nos damos maña para

introducir chapitas, circulitos de plástico, hasta argumentos circulares para poner la máquina de la tontería en funcionamiento, el mundo mentiroso de los rosados fenómenos de circo, un mundo de moral blandita donde todo vale veinte centavos.

En estos tiempos pandémicos podríamos armar algún zoom de los gratuitos para comentar el último programa de variedades o los sesudos comentarios de tweet de aquél con las meditadas respuestas de aquellos otros.

Ya no hay monedas de veinte centavos, aunque abunden razonamientos de ese valor.

Pero ranuras abundan. Y mujeres barbudas también, dios libre y guarde.

APAGÁ LA LÁMPARA, MARÍA JULIA

Los chinos, pangolín mediante, bichito'e dios, nos globalizaron el coronabicho y todos estamos presos de las consecuencias, aunque algunos desecrean de todo y ya quieran salir a retozar por los prados sin tapabocas y en paños menores, con palitos chinos entre los dientes y el libro rojo de Mao como sombrero de ala ancha.

Pero esos mismos chinos nos han dejado, entre tanto maravilloso contenido milenario que poco valoramos porque no conocemos, algunos poetas que te hacen reconsiderar la peltinencia de los fideos de aloz.

Este humilde escriba se ha conmovido con este poema de Wu Kieng, que algunos ubican en el siglo XIX y otros bastante antes, aunque en verdad poco importa porque los sentimientos son intemporales.

Lo comparto con ustedes.

Maldije a la lluvia que, azotando mi techo, no me dejaba dormir.

Maldije al viento que me robaba las flores de mis jardines.

Pero tú llegaste y alabé a la lluvia. La alabé cuando te quitaste la túnica empapada.

Pero tú llegaste y alabé al viento, lo alabé porque apagó la lámpara.

Quién te dice, hermano lector, que algún día debamos alabar al coronabicho porque nos obligó a apagar las lucecitas de colores y nos dejó mirándonos y descubriéndonos, puro asombro. Y nos hizo encontrarnos con los otros aunque fuera

en pantalla. Y nos hizo redescubrir el amor que puede desnudárenos enfrente sin que lo sepamos ver ni sentir porque nos ciega el vivir maldiciendo.

Cuando el ser humano se enfrenta con momentos dramáticos de angustia, deja bajar todas las túnicas y desde la oscuridad enciende luces para iluminar lo que importa.

Hay que descubrirlo. Hay que apagar las lámparas.

Esta vez más que nunca, queridos lectores, sepan disculparme la poquedad.

Es el pudor que a los veteranos nos impone la desnudez.

¡FUE ESE NIÑO, SEÑORITA!

Hoy me desvelan Rossana, los buchones y Emilio Salgari.

Cuando uno era joven, cada vez hace más tiempo, atendía de noche el bar Rossana de Adi y Lalinde ubicado en la intersección de Rivera y Colombes en la ciudad de Santa Lucía, ex San Juan Bautista, no sé si la ubican.

Y en las madrugadas de beberaje algunos personajes nocturnos me enseñaron que se podía tener un amigo chorro, uno borracho u otro de particulares predilecciones sexuales (se hablaba de otra manera en aquellas épocas), pero nunca un amigo batilana.

El concepto me marcó a fuego y desde entonces coloqué en la cima de mi desprecio a quien acusa a otro despojándose de toda responsabilidad, desprotege al amigo o revela o inventa lo vergonzante.

El alcahuete, el soplón, el correvidile o en lenguaje de boliche el batidor, batilana, chivato, bate fruta, estómago resfriado, delator, soplón o, ya en tiempos de la Antigua Atenas, sicofante (¡no seas sicofante, Alfredo!) es uno de los peores bichos de la fauna humana.

Hay varios tipos de soplón. Algunos se transforman en un ventarrón que todo lo sopla aunque el rancho de paja esté lleno de velas.

Están quienes hablan en la pulpería (el Rossana por ejemplo) y callan en la comisaría.

Están los otros, que callan en la pulpería y hablan en la comisaría (porque no hay policía sin buchón, como es norma).

Están los que denuncian calumniando.

Están los que limpian su culpa acusando a otro.

Están los que inventan y ensucian, que es gratis.

En todo caso, el buchón siempre es un traidor. Suelen morder la mano, incluso cuando es fraterna.

Se me olvidaba Salgari.

Hace una semana, el 21 de agosto, alguien recordaba el natalicio de Emilio Salgari e inevitablemente ocuparon la mesa de mi cabeza *Sandokan*, *Cartago en Llamas*, *El corsario negro*, que son los títulos que recuerdo de aquella colección de tapa amarilla que aquel niño tímido leía para ser héroe por un rato.

En las obras de pura acción, don Emilio envolvía a sus héroes con los valores eternos que también elevaba Superman: justicia, lealtad, honor, lo que hace a la dignidad humana, aunque el hombre de acero no fuera muy humano que digamos.

Aquel niño que uno fue, creía que así debía ser el verdadero mundo.

Las tapas de aquella colección de libros eran amarillas igual que es ahora ese asunto del honor, que amarillea en algún estante por falta de uso.

Y el niño tímido llora bajito, agobiado por los efectos de tantos corsarios buchones y seguramente de alguna escondida maldita kryptonita.

CALAVERA NO CHILLA

Bien mirado, el mundo ha dejado de pensar en la muerte. Creer que no vamos a morir nos hace débiles, y peores.

Eso lo dice Arturo Pérez-Reverte mientras esquivaba una bala perdida y también lo dice con otras palabras mi amigo Lechuza mientras culmina una noche de francachela.

En estos tiempos pandémicos, la muerte es un destino temido para muchos, un doloroso desenlace, un asunto lejano en el cual no queremos pensar, una puerta a la paz del alma, un inicio del camino hacia la inmortalidad, una experiencia que esperamos poder vivir en paz. Tache lo que no corresponda.

Podemos elegir lo que mejor se adapte a nuestra forma de entender el mundo y entendernos a nosotros mismos. Para muchos todo termina con la muerte; para otros muchos, todo comienza. Pero entendamos lo que entendamos no podemos dejar de tomarla en cuenta, de saber que no hay cómo esquivar el bulto. Es como si caminara siempre a nuestro lado y de golpe detuviera su paso, nos mirara a los ojos y nos dijera:

“bueno, hasta acá llegamos”.

Es que uno vive naciendo y de golpe, la muerte.

Pensarla no es pintar una realidad oscura, negativa, pesimista sino un homenaje a la realidad.

El trabajo del pensamiento se parece a la perforación de un pozo; el agua es turbia al principio pero luego se clarifica, dicen los viejos chinos.

Si tomáramos conciencia de la finitud y de la inevitabilidad seríamos menos ciegamente vanidosos y dejaríamos de actuar

como si fuéramos inmortales con todas las consecuencias que esa estupidez conlleva.

Hay un cuento sufí, con su halo de misticismo islámico, que rescato para compartirlo con ustedes modificando en algo su peripecia.

Abdul, un comerciante de Bagdad ve que la Muerte (manto negro, guadaña, mirá si no la va a identificar) se acerca a su tienda, se asoma y lo mira fijo.

Nuestro amigo siente que se le erectan todos los pelos y sale disparando por la puerta del fondo. Y se va para una ciudad vecina, Samarra para escaparle a esa dama de negro en cuyo rostro, cuando lo piensa bien, había visto pintado el asombro. Cráneo desnudo asombrado no se ve todos los días.

Esa misma noche, respirando hondo por haber superado el trance, sale de la casa de Samarra donde se había refugiado y allí, frente a él, la Muerte parada firme.

Y entonces nuestro amigo Abdul, ya resignado y sin escapatoria posible, le dice compungido:

- Soy tuyo, está bien, no puedo escapar. Simplemente déjame plantearte algo que no entiendo: ¿por qué me miraste con esa cara de sorpresa en Bagdad?

Y la Muerte, con compasiva voz cavernosa, le responde:

- Porque te vi en Bagdad y esta noche yo tenía una cita contigo en Samarra.

Nos señalaba Hegel que pensar la vida es la tarea y pensar la vida implica pensar la muerte, que es el inevitable final.

La vida hay que pensarla para bien morir.

Eso sí, déjame pensarla todo el tiempo que pueda, que apuro no tengo.

LOS MONOS Y LOS APÓSTOLES

El virus de la auto referencia nos agrede todo el tiempo, nos contagia en programas de radio y televisión, en artículos de prensa y en discursos llenos de “a mí me pasa que” o “para mí”.

Por eso deben disculparme por este pecado narcisista que estoy cometiendo.

Sin embargo, como decía Solé, este tema tiene características de un corner corto y voy a levantar el centro.

Cuando era niño a uno le regalaron El Tesoro de la Juventud. Eran veinte tomos verdes con letras doradas que venían con una biblioteca de madera a medida. Una preciosura.

Ayer soñé con aquel Tesoro de la Juventud que vendí para comprar una cadena de oro a mi novia y entonces cambié el tesoro en veinte tomos por una petisa de diecinueve pero en un solo tomo. Otra preciosura.

Ese Tesoro fue mi refugio, un mundo lleno de sorpresas que no terminaba nunca.

Tantos años después, tesoros es posible que queden algunos, pero juventud seguramente ninguna. Ni en sueños.

Esa vejez de aquel niño (que a veces no quiere madurar para no perder la capacidad de asombro y de ternura) es la vejez de aquel Tesoro.

Se dice que cada vez que muere un viejo se quema una biblioteca.

Pero el hombre las ha quemado mueran o no mueran viejos.

La historia está repleta de hechos terribles, fruto de la barbarie del dogmatismo y de su consecuente intolerancia.

Como muestra, pensemos que sólo nos ha llegado un setenta y cinco por ciento de toda la filosofía, literatura y ciencia de la Antigua Grecia seguramente como producto de neuronas quemadas antes de ejercer su función.

Por ejemplo la Biblioteca de Alejandría con setecientos mil manuscritos de diversos géneros, fue incendiada salvajemente (¿se pueden quemar libros civilizadamente?), aunque no sepamos bien a quién culpar.

¿Fue a raíz de un momento turbulento en época de César, fue producto de la hostilidad de los cristianos o fue fruto de la intolerancia de los musulmanes?

Y hablando de intolerancia y de Alejandría, a Hipatía, una mujer excepcional, la mató una turba de monjes exaltados, que el monje solía exaltarse con facilidad.

Es que en todas las épocas se cuecen habas, se queman libros y se trata de eliminar lo que no se entiende.

No importa de qué bando viene el fósforo.

Me propuse buscar más ejemplos y los comparto con ustedes: en China, el Emperador Shi Huang (el mismo de la muralla china y los monjes de terracota) mandó quemar libros de medicina, agricultura y ya que estamos, algunos de profecía.

Un I Ching quemado es un sacrilegio para los que solemos oracular jugando con fuego.

Y seguimos a riesgo de aburrir: aquel Jimenez de Cisneros en Granada requisando y quemando sobre todo Coranes; la bestia peluda de Savonarola que entendía que los libros eran testimonio de la vanidad humana e incineraba obras de Ovidio y Platón entre otros vanidosos; la destrucción de los Códices

Aztecas y Mayas por los civilizados conquistadores españoles (inos descubrieron, por fin nos descubrieron!); la quema de libros en 1933 bajo la coordinación del simpático Goebbels y la lista sigue, siempre con la destrucción del enemigo sea como sea que se presente.

Bradbury decía que peor que quemar libros es no leerlos y uno piensa que peor que quien nunca ha leído un libro es quien ha leído uno solo.

Ese es seguramente un fanático, un tipo unidireccional que no tiene elementos de juicio suficientes para entender a quien piense distinto.

Ahora estoy sospechando que pueden leerse muchos libros e igual no aprender nada.

“Hice un curso de lectura rápida y leí “La guerra y la paz” en veinte minutos. Trata sobre Rusia”, nos dice Woody Allen haciéndonos pito catalán desde su inteligencia (y su tortuosidad, pero esa es otra historia).

Un libro es como un espejo, queridos lectores. Nos refleja.

Se ha dicho que si a él se asoma un simio no puede salir reflejado un apóstol.

Y ya que hablamos de simios, reconozcamos que la teoría de la evolución no ha funcionado bien con todos nosotros, animalitos de dios.

Esta noche tal vez sueñe con aquel Tesoro de la Juventud alimentando la brasa de un asado a punto.

VIAJANDO AL INTERIOR

Los hombres salen a hacer turismo para admirar la cresta de los montes, el oleaje proceloso de los mares, el fácil y copioso curso de los ríos, las revoluciones y giros de los astros. Y sin embargo pasan de largo de sí mismos.

Eso lo dijo San Agustín, que antes de ser “San” fue un tipo tan condenadamente humano que conmueve.

Debemos coincidir en que estos tiempos que nos está tocando vivir deberían ser precisamente tiempos de turismo interno, para descubrir y redescubrir viejos territorios, para subir lomas y bajar hondonadas, para descansar al costado de ríos cantarinos, que siempre los hay.

Tiempos de viajes adentro de uno mismo acompañados de algunas almas gemelas, que casi siempre también las hay.

Viajar al interior acompañado de amigos tiene mucho de viajar a tu infancia, que a esta altura de la vida te visita en sueños cada vez más.

No hay cómo aburrirse si adoptamos actitud de turista acompañado y nos ponemos encima la renovada mochila del asombro para maravillarnos ante cada paisaje nuevo, redescubierto o simplemente recordado.

Tenemos que buscarnos y es mejor hacerlo en compañía. Hay que sacar pasaje grupal al interior para después evaluar la vida. Ocurre un fenómeno curioso: a medida que nos vamos visitando, vamos encapsulando al ego y vamos sintiéndonos parte de un todo que abarca el nosotros. No es un juego de palabras. No es siquiera un juego. Es el ejercicio más serio que podemos intentar.

Abarcar el nosotros es dejar entrar al otro a tu paisaje interior.

Y viajar al interior es también volver un rato a tu querido pago, allí donde el pasado sigue vivo porque cada noche revive en sueños con aquellos hermanos de la vida de tu infancia y de tu adolescencia, aquellos que ya no son los mismos pero que están en tu interior igualitos, pescando mojarras en el río.

En este tiempo volátil, acuoso (¡mirá qué casualidad!), incierto, ambiguo, donde no hay mucho de dónde agarrarse, tus amigos son confiables baqueanos de tu territorio.

Mirá lo que decía uno de esos escritores que deberían ocupar un lugar preferente en toda biblioteca escuálida y conmovedora:

Se hicieron adultos mientras empezaron a conocer el sentido de la traición y también de la maldad, vieron crecer arribistas y frustrarse a ciertos corazones cándidos, se enamoraron apasionadamente y se emborracharon de dolor y alegría, y aprendieron, sobre todo, que existe una necesidad invencible que a falta de mejor nombre se conoce como amistad.

Eso escribió el cubano Leonardo Padura y a uno le dan ganas de aplaudir.

Porque de eso se trata: de hacernos adultos conociendo y conociéndonos hasta descubrir esa necesidad invencible que nos permite seguir siendo nosotros mismos y con nosotros los otros, amigos del alma que le dan sentido a una vida que es injusta por definición.

Y no importa si en lugar de mojarras están saliendo viejas del agua.

LOS JUNCOS DEL AMAZONAS

Vivimos tiempos de iletrismo, de hinchazones de nadas, de superficialidad declamadora y literateo al decir de Vaz Ferreira, de redes sociales puro conventillo.

Esta realidad pide a gritos cierta reflexión, cierta hondura, pide que intentemos la introspección del adentro y por consecuencia el buen análisis del afuera.

Pide conocernos un poco más para conocer al mundo, para entenderlo y sólo después poder hacer algo para mejorarlo, que debería ser el deber de todos.

Si pudiéramos pensar con objetividad, críticamente, nos percataríamos de que lo que nos dicen tiene mucho de lechuga en florero o corvina en carretera.

No está bien, no cuaja, no es posible que sea verdadero.

Sin embargo, la evidencia sirve de poco. Si lo que nos dicen coincide con nuestras emociones y creencias, te aplaudo, te voto, te sigo, te creo.

Si mi tía tuviera barba sería mi tío pero es mi tía, pese a quien le pese, aunque quieran convencerme de lo contrario.

La evidencia señala: tía.

¿Me explico?

Esa negación de lo evidente se llama posverdad, uno de las enfermedades más devastadoras de nuestro tiempo, una condición que nos torna indefensos ante la manipulación de los mecanismos de poderosos para los cuales somos trenzables junquitos selváticos.

En el sorprendente Museo el Oro de Bogotá, nos detuvimos (nosotros siempre libreta en mano) ante un mural que transcribía la interpretación del origen del mundo que tenía la mitología uitoto, una etnia amazónica.

Miren ustedes:

EN LA NADA NO HABÍA COSA ALGUNA. ALLÍ EL PADRE PALPABA LO IMAGINARIO, LO MISTERIOSO. NO HABÍA NADA. ¿Qué COSA HABRÍA? NAAINUEMA, EL PADRE, EN ESTADO DE TRANCE, SE CONCENTRO, BUSCABA DENTRO DE SI MISMO.

Siempre debe haber una búsqueda para crear cualquier mundo.

Todo creador no puede pasar de largo de sí mismo.

Esta cantinela lleva veintiocho semanas y se vuelve pesada como collar de melones o como vaca en brazos, al decir de un amigo de “ajuera”.

Pero no encuentro ni conozco otra manera de ser y de crecer que el conocerse, el de entender que las cosas más importantes de la vida no son cosas, que si no nos miramos adentro nos comen los de “ajuera”.

“El hombre no es más que un junco, el más endeble de la naturaleza, pero es un junco pensante. No hace falta que todo el universo se ocupe de aplastarlo. Un vapor, una gota de agua bastan para matarlo. Pero cuando el Universo lo estuviese destruyendo, el hombre sería más noble que aquello que le mata; porque él sabe que está muriendo”.

Eso lo pensó un joven que supo llamarse Pascal, filósofo, matemático y tanta cosa más, que falleció a los treinta y nueve años, con lo cual queda demostrado que la mayoría de nosotros somos apenas un vapor que ni siquiera provoca alergia.

Circula por whatsapp un texto que me pareció excelente. Y aunque lo conozcan, lo comparto porque va en consonancia con lo que pretendo decir.

Cuando Isaac Newton fue puesto en cuarentena en 1655 debido a la peste bubónica, él aprovechó el tiempo para desarrollar su teoría sobre la óptica y formular las leyes sobre el movimiento y la gravedad, Pero, no se sientan presionados, sigan mirando Netflix.

Muchos dirán: ¿este tipo quién se cree que es y, además, por qué cita a tantos autores?

Es que apoyarnos en hombros de gigantes (eso lo decía Newton, ya que estamos) es una forma bastante cómoda de decir cosas y tiene la ventaja de que nadie te tome por petulante ni te contradiga demasiado.

Bajemos de los hombros y volvamos a andar a pie uniendo las piezas sueltas de lo que intentamos decir.

No es necesario que un filósofo nos diga que todos tenemos algo sagrado que nos atraviesa, un orden y una energía que es parte de nosotros lo sepamos o no.

Tenemos la conciencia y la resiliencia del junco y la búsqueda de verdades de la etnia amazónica cuando nos enfrentamos a un mundo confuso y convulso que nos quieren vender.

Se trata de darnos cuenta que el mundo lo creamos nosotros mismos como juncos inteligentes.

La rama seca no crea nada, sólo se quiebra, porque ya está muerta.

LO LINDO DEL REFLEXILOQUIO

En estos tiempos pandémicos no deberíamos ni confinarnos ni confiarnos del todo.

El camino del medio siempre es el más sano.

Es que en verdad no sabemos bien cómo es la cosa, de qué va, cómo viene, en fin.

Hay algo de infodemia, de pandemia de la desinformación.

¿Es verdad o es mentira lo que nos dicen?

En estos tiempos de dudas permanentes, sumamos una más porque no sabemos si la música que suena es rock, chacarera o un canto litúrgico.

Hay demasiadas notas y nos damos cuenta que algunas no calzan.

Por eso muchos de nosotros estamos más juntos que antes, algo desconfiados, intentando protegernos unos a otros, buscando evidencias y descartando apariencias y tratando de informarnos escuchando, comentando y buscando cómo entender a bandas musicales de distintos estilos.

Estamos unidos (es una forma de decir) por esa herramienta maravillosa que se llama ZOOM, aunque haya unas cuantas más.

Hace pocos meses no teníamos idea de qué cosa podía ser ese ZOOM que hoy es parte casi vital de nuestras vidas.

Nadie duda que se trata de una solución inteligente que llegó para quedarse porque nos hemos dado cuenta que no siempre la presencialidad es necesaria para trabajar y resolver asuntos

y porque además personas de cualquier parte del mundo están a nuestro lado ahora mismo y nos ilustran tocando una melodía distinta de las cosas.

Ya no hay lejanía: las excusas de no llegar a tiempo o acá hay tormenta, no se sostienen.

Todo eso es cierto.

Pero también es cierto que cualquier cara de loco nos obliga a escuchar una charla acerca de la acojonante soledad del somorgujo cornudo (¡me pongo de pie, don Aquiles!) y como nos convoca un amigo o un grupo amigo, nosotros entramos como por un tubo por aquello del respeto y el compromiso.

A mí me están entrando muchas ganas de descomprometerme, la verdad sea dicha.

Y sumado a eso, ZOOM tiene un virus incurable sumado al acechante absurdo: la pomposidad, el discurso vacío, la nada dicha solemnemente.

Cualquiera pontifica sobre cualquier cosa y uno se pierde porque no sabe si lo están guiando o verseando con abundante palabrerío melódico.

Son buenos tiempos para la chantada.

El diálogo siguiente que comparto con ustedes es de Fred Vargas, una novelista francesa de maravilla. Su “Huye rápido, vete lejos” es una novela más que negra de colores que no pueden ni deben dejar de leer, turco Kmaid dixit.

- Le encantaban las enunciaciones solemnes.

- Sí, eso lo sé. Es mi lado imbécil el que me hace grandilocuar a veces. O pequilocuar.

- El grandiloquio, el pequiloquio o el soliloquio no sirven para nada.

- *Qué es lo que sirve para algo? -preguntó Camille quitándose las botas.*

- *El reflexiloquio.*

Deberíamos poner en práctica ese reflexiloquio en tiempos de zoom y coronavirus para volvernos más precisos en nuestras apreciaciones.

El “pequiloquio” es hablar poco pero sin decir nada.

La poquedad es otra cosa. Es síntesis, es poco pero justo y entonces virtud de gente sabia.

Nuestro hombre de campo, sin ir más lejos, tiene la sabiduría natural que da el silencio, el horizonte largo, el mirarse adentro y conocerse entre mate y mate. Llámeme armonía. Llámeme música interior. Llámeme reflexiloquio. Es pura poquedad trascendente.

¿O acaso usted nunca ha tenido el siguiente diálogo?

USTED: ¿Cómo anda?

SU INTERLOCUTOR: Lo más lindo.

¿Falta decir algo más para expresar la paz con usted mismo y, si ahondamos, el respeto hacia quien pregunta?

Aunque nos duela la vida, deberíamos hacer aflorar algo de misericordia para no imponerle a nadie nuestros dolores y entonces, cuando nos preguntan cómo nos va, contestar, muy sueltos de cuerpo:

- ¡Lo más lindo!

LA INVASIÓN DE LOS IDIOTAS

Las redes sociales le dan el derecho a hablar a legiones de idiotas que primero hablaban sólo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad. Ellos eran silenciados rápidamente y ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los idiotas.

Eso decía Humberto Eco, uno de esos tipos que podían (uno diría pueden) hablar donde se les ocurra.

Cuarenta mil generaciones de hombres y mujeres pensantes estuvieron por esta tierra antes que nosotros. Somos los sapiens sapiens. Y sin embargo hemos llegado a un cruce de caminos barroso producto de nuestra propia aparente sapiencia.

¿Se han dado cuenta que en las redes sociales ya no se enfrentan ideas?

Si el otro no opina como yo, lo descalifico. Confío sólo en quienes son parecidos a mí. Soy moralmente superior, querido.

Vivimos un mundo de agudizado narcisismo.

Todo gira a mi alrededor, soy mi único punto de referencia.

Es un mundo raro que los viejos no entendemos del todo.

Un mundo abonado (en todos los sentidos) para que prospere lo que se denomina post truth, la mentira emocional según la cual *qué me dicen* importa menos que *cómo me lo dicen* y si se amolda a lo que ya pienso, está hecho. Lo doy por cierto.

No pensar ni equivocado, para qué si igual se vive... y además corrés el riesgo que te bauticen gil.

Cada vez parece haber más congéneres que desprecian lo que ignoran. Y esa barra hoy forma legión.

Lo pueril, lo guarango, lo intolerante, lo escasamente analizado, el blanco-negro, lo mercantilizado, se imponen en casi todos los frentes.

Siempre hay esperanzas, claro, pero hoy a uno le dan ganas de hacer un ayuno de mundo. Y faltar por unos días.

El genio de Macedonio Fernández nos regaló un mensaje notable:

Como el amigo a quien pedí que faltara por mí, a último momento me comunica que no puede hacerlo, me veo en la necesidad de faltar personalmente.

Faltaba más.

¿QUEREMOS IR Y VENIMOS?

El hombre está visiblemente hecho para pensar. En ello radica su fin y su esencia (...). Pero ¿en qué piensan las gentes? Jamás en ésto, sino en bailar, cantar, hacer versos, correr sortijas, construir seres, hacerse reyes sin saber lo que es ser rey y ser hombre. Pascal.

Estas reflexiones contienen a veces una pedante erudición que le molesta incluso a quien escribe. Porque quien escribe no siempre es quien reflexiona.

Son palabras de otros que uno hace suyas y que se dispersan hacia todos los destinos del humo, vaguedades piadas por un pájaro en tierra de gatos. Por un pajarón, si ustedes quieren, que tose por el humo.

El genio de aquel Arthur N. García, nuestro querido Wimpi, le hacía decir a un paisano que se había puesto las botas al revés:

¡Yo no sé qué me pasa! ¡Quiero dir y vengo!

Tal vez esa sea la actual situación que atravesamos: queremos ir pero venimos. Porque no sabemos muy bien hacia dónde queremos ir.

Las circunstancias exigen eficiencia, eficacia, éxito, resultados, tweeter, todo rapidito en pocas palabras, titulares en blanco o negro.

La vida debería enseñarnos que nada es simple ni lineal. Ni la historia ni los hombres.

¿Somos quienes soñamos ser? Seguramente no.

¿Pensar en el problema y hablar de él alcanza? Seguramente tampoco.

¿Alguien se convierte en reflexivo porque habla de reflexión?

Marque aquí la casilla del no.

Cuando uno relee estas treinta notas de treinta semanas de pandemia se da cuenta que el asunto es el mismo que nos desveló al comienzo. Poco cambia, incluso en nosotros, lo que no es alentador.

Hacemos moñas con las palabras y vamos perdiendo el partido.

Jugamos al ludo y están jugando a El Financista.

Nos equivocamos de juego, de tiempo, de fichas.

Pero sin embargo...

Miren lo que decía Hipatía de Alejandría, una mujer notable, allá por el año 400:

Conserva celosamente tu derecho a reflexionar porque incluso el hecho de pensar erróneamente es mejor que no pensar en absoluto.

Unidos a tantos caminantes, aún por distintos caminos, en eso estamos.

DE CAMINOS Y CAMINANTES

Como estamos llegando al final de esta serie, hoy me siento en la platea para aplaudir a Ko Un, un poeta de Corea del Sur que conmueve. Sería irrespetuoso agregar algo a su He aquí el camino. Quien suponga que fue escrito en tiempo de pandemia, se equivoca. Lo que demuestra que hay intemporalidad en las almas grandes.

*De ahora en adelante, esperanza.
Me falta el aliento,
de ahora en adelante, esperanza.
Si no hay camino
lo construyo mientras lo hago.
De ahora en adelante, historia.
Historia no como pasado,
sino como todo lo que es.
Del futuro, de sus peligros
en mi vida presente,
hasta lo desconocido que viene
y la oscuridad que viene.
Oscuridad
es solo ausencia de luz.
De ahora en adelante, esperanza.
El camino no existe.
Por esto lo construyo mientras lo hago.
He aquí el camino.
He aquí el camino,
y lleva siempre consigo, impecable,
numerosos mañanas.
Caminemos.*

LOS VIEJOS DE LA TRIBU

Deberíamos dejar de lado verdades reveladas, monólogos autosuficientes, guiones que nos dicen qué decir, eslóganes facilongos, pensás lo que yo pienso o sos un gil de cuarta, oír sin escuchar.

Es curioso que hayamos regresado al pensamiento mágico de la anti ilustración.

Odio, prejuicios, miedo, codicia, una tal falta de respeto por el otro que te dan ganas de irrespetarlos de arriba a abajo.

Y por si fuera poco, los viejos ya no son (somos) los sabios de la tribu sino los que miran el mundo tras los vidrios y lloran por lo que pasa sin poderlo alcanzar o putean bajito (en el mejor de los casos) ante lo que no logran entender.

Las herramientas digitales se nos escapan de las manos y nos quedamos con una tenaza, algunos clavos y un martillo.

La disrupción es tan acelerada que todos los días aparecen nuevas herramientas. Si nos costó adaptarnos a la primera, imagínense a la última.

Hay excepciones, claro está, pero en general no calzamos. O no queremos calzar. O no nos importa calzar.

Ya fuimos lo que debimos ser.

Sin embargo... tal vez ahora no seamos lo que suponíamos íbamos a ser.

Mala cosa.

Los que caen del lado malo de la vejez son esos que hablan del pasado una y otra vez y repiten los mismos cuentos y se

vuelven soberbios y se quejan de que carnavales eran aquéllos y dicen que todo tiempo pasado fue mejor (en realidad mejores éramos nosotros, como hemos dicho) y la cantinela es ácida, permanente, aburrida y tiene olor a orines.

Eso es lo que hace un viejo incluso cuando es joven.

Modifico la frase: eso es lo que te hace viejo incluso cuando sos joven.

Pero hay viejos que no son viejos, añosos que no perdieron ternura ni asombro ni humildad ni pensamiento crítico.

Con esos deberíamos quedarnos, los que abren ventanas y saltan a la calle con martillos y cinceles y todavía piensan que algo mejor es posible y que debe construirse entre todos empezando por uno mismo.

Eso se llama esperanza de un mañana mejor en este narcisista mundo líquido y es lo que ayuda a seguir.

La pregunta es si esa esperanza es bobalicona o se sustenta en algo palpable, si los viejos analógicos tenemos las herramientas apropiadas para darle forma.

No tengo claro si los viejos de cuerpo y cuya cabeza todavía tiene zonas impúberes en el sentido fermental, tenemos un fundamento sólido para esa esperanza en un mundo plagado de infecciones.

Me estoy inyectando un antivirus. Ustedes recen a quien entiendan corresponde.

Si funciona les aviso.

ALIENTO A BRAHMA

Cuenta una antigua leyenda hindú que hace un montón de tiempo todos los hombres y mujeres que vivían en la Tierra eran dioses.

Pero –¡cuándo no!– abusamos tanto de esa divinidad (hacíamos lo que se nos venía en gana, tomábamos cerveza en el templo, no respetábamos a nadie) que Brahma, algo caliente a decir verdad, decidió privarnos del aliento divino que había en nuestro interior y esconderlo donde jamás pudiéramos encontrarlo y así evitaba que pudiéramos emplearlo de nuevo para el mal.

Entonces convocó a todos los dioses menores para buscar ese lugar apropiado donde esconder para siempre la divinidad que nos habitaba.

Y allí comenzaron las propuestas de los dioses menores. Uno dijo:

- Esconderemos la divinidad en lo profundo de la tierra.

Brahma respondió muy rápidamente:

- No. El hombre cavará y la encontrará.

Otro pichón de dios propuso esconderla en lo más profundo de los océanos, a lo cual Brahma también respondió negativamente y dijo que el hombre aprendería a sumergirse en las aguas y encontraría esa divinidad escondida.

- Entonces vamos a esconderla en la montaña más alta del mundo –propuso otro dios chiquito–.

- ¿No se dan cuenta que no será efectivo porque tarde o temprano el hombre subirá a todas las montañas y capturará de nuevo ese aliento divino? –concluyó Brahma profético y ya un poco cabreado–.

Los dioses menores patearon unas botellas y latitas viejas que había por ahí, silbaron tonadas bucólicas ligeras como disimulando y se miraron avergonzados.

No sabían qué decir ni qué proponer.

Brahma, el dios creador, los miraba ahora divertido.

- No sabemos dónde esconder la divinidad humana ni se nos ocurre un lugar donde el hombre no pueda encontrarla jamás —dijeron incapaces de mirar a Brahma a los ojos—.

Y entonces Brahma, viejo y sabio, dijo con una voz tronante que apagó las tonadas bucólicas y hasta hizo brillar las latitas:

Escondedla dentro del hombre mismo; jamás pensará en buscarla allí.

Los dioses chiquitos entendieron enseguida. Es más, algunos se rieron a carcajadas.

¿Qué les parece el desafío?: encontrar el aliento divino dentro de nosotros. Porque estar, está.

Más allá del dios en el cual creamos o no creamos (o sobre el cuál dudemos), le demos el nombre que le demos, somos parte de un Universo que nos contiene y que contenemos: somos en verdad polvo de estrellas.

Y hay un aliento divino que habita brillando en nosotros.

Alguien lo ha puesto ahí.

¿Quién te dice que lo descubramos un día de éstos?

Se trata de empezarlo a buscar.

EJEMPLARES DE NUESTRA FAUNA CRIOLLA: EL ÑANDÚ DESAPRENSIVO

Mal año, dijo el ñandú. Puse un solo huevo y el nene me salió imbécil.

Tenemos una importante nidada de ñandúes que sacando la cabeza no se dan cuenta que la esconden. Porque niegan la realidad o en verdad no la niegan: no les importa.

Bicho raro el ñandú. Corre a 80 km. por hora pero no puede saltar.

Somos solidarios dentro de la bandada a la cual pertenecemos pero poco más. No sabemos saltar más allá.

La naturaleza humana, y cambiamos de animal, no va a cambiar.

Es cierto que vivimos en un país más solidario que otros por su humildad ancestral, por esa histórica austeridad republicana que todavía anida (cada vez menos) por ejemplo en la escuela pública.

Pero el individualismo narcisista crece y crece. No cuesta dedicarnos al otro, sospecho que porque no nos importa. Ellos no son yo. Mi mundo gira a mi alrededor y en él pueden ingresar algunos de mis afectos pero nadie más. No me importa el vecino, no logro que me importe. ¿Cómo va a ser parte de mis afectos un tatú mulita?

¿Dónde se origina este narcisismo feroz? ¿Tiene remedio?
¿Desde qué lugar podemos combatirlo? ¿Y en verdad podemos combatirlo?

Somos individuos de tiro corto, de alcance chiquito en nuestra burbuja.

Obramos con la máxima *según el sapo, la pedrada*, pero no por inteligencia sino por no saber tirar más allá.

No tenemos la capacidad de pegarle al metafórico elefante y menos a la manada.

Curiosamente, el elefante es el único mamífero que no puede saltar, dato que no sirve para nada pero que te doy ya que estamos.

A veces parece que como sabés que en nuestros campos no hay elefantes, no tenés necesidad de cuidarte para que no te atropellen y entonces negás todo, no te importa nada porque no creés en casi nada, salvo en vos mismo, claro.

Y entonces, estás en contra de toda restricción porque te impide correr por los campos a 80 km. por hora.

Dejáme decirte que en este asunto de vida o muerte ni se trata de estar a favor o en contra ni de velocidad.

Es otra cosa.

Científicos de indiscutible respetabilidad, médicos, enfermeras, todos los que están dejando el alma en la cancha, ¿son cretinos útiles para vos? ¿Quiénes se mueren también?

¿Nunca se te ocurrió rumiar aunque sea un poco que tal vez el cretino seas vos?

Sí, yo sé. Estás cansado de tanto encierro, de que te coarten libertades y si suenan los tambores o se menea algo, vos querés tocar y querés menearte.

Y está bien.

El tema es que tenés que tocar y menearte tratando de no tocar ni de menear al otro.

Es más. Acepto que no quieras vacunarte porque no creés en las vacunas, incluso acepto que seas conspiranoico y hasta terraplanista.

Pero no soporto que el otro te importe un carajo.

Porque está bien que hagas de tu meneo un canto a la libertad. Pero hay otros que tienen una característica especialísima, intransferible: son otros. Hoy se están multiplicando los contagios y volvemos a aquel tiempo inicial de desasosiego, incertidumbre, angustia.

Los casos se multiplican, las bandadas de ñandúes corretean por ciudades y campos.

Alcanzáme la escopeta, Ricardo.

¡HISOPEN A PAPA NOEL!

Cuesta pararse en este diciembre y mirar para atrás. Casi tanto como mirar para adelante, porque uno siempre se sube al convencionalismo del año nuevo y espera mejores cosas aunque en verdad nunca sabemos qué nos espera, lo que en traducción libre significa que el pasado puede volver y ser el futuro.

¡Tiemblen, perspectivas positivas, tiemblen!

Dejemos el humor negro y concentrémonos en lo blanco, dicho sea con todo respeto.

En un mensaje a los amigos, con lo naif en que puede transformarnos esta situación, transcribíamos una máxima del baidano Khalil Gibran:

*Por larga que sea la tormenta,
el sol siempre vuelve a brillar.*

Se nos fue el año ocultos tras una mascarilla, embadurnados en alcohol, pisando amonio cuaternario, lavándonos las manos a cada rato, distanciándonos del otro, pura tormenta.

Y ahora, transcurridos tantos meses de inestabilidad más líquida que nunca, de actitudes tan incomprensibles como morrón en ensalada de fruta, nos paramos ante la lluvia torrencial y, tozudos, creemos que el sol volverá a brillar.

Estamos viendo el vaso medio lleno; otros lo verán medio vacío y habrá como siempre oportunistas que se tomarán el agua.

Alguien decía que cuando hay luciérnagas y estrellas, para las estrellas hay luciérnagas y para las luciérnagas hay estrellas.

Porque el espejo al cual nos referimos tantas veces no siempre funciona y es muy difícil la tarea de mirarnos a nosotros mismos y primero aceptarnos para luego mejorarnos. Difícil porque no podemos huir de nosotros, porque no hay atajos posibles y entonces sos luciérnaga, estrella o pura noche cerrada, aunque no puedas verlo.

Sería lindo que sueñes que una luciérnaga es una estrella caída que duda. Pero dudosa y todo, tímida y todo, igual ilumina.

Tu lucecita puede ser bichito de luz intermitente, chispitas de estrella en la noche oscura. Pero es lucecita y es a lo que uno aspira, impedido de ser estrella, en estos tiempos oscuros de lluvia torrencial.

Y desde la oscuridad de la noche, detrás de la ventana, nos mira Papá Noel, nariz roja por el frío, el whisky o un resfrío machazo.

En los vidrios de la ventana se refleja la estrella del pesebre y se adivina el arbolito sin luces. Biblia y calefón.

El arbolito pagano convive con el pesebre cristiano y el santa Claus cocacolero comparte cartel con los reyes magos rindiendo tributo al niño dios. El caos viene de mucho tiempo atrás y ahora se agudiza porque ya ni los símbolos significan mucho.

En realidad, si miramos con atención el pasado en este tiempo de eclipses, nos daremos cuenta que los festejos en torno al 25 de diciembre se remontan a todas las culturas, se reproducen en todas las religiones.

El ser humano se inclina agradecido desde siempre ante el maravilloso nuevo ciclo de vida que inicia el solsticio.

Ahora, la profundidad del simbolismo del solsticio, sobre todo el de invierno, no parece reflejarse en el viejito pascuero como

le llaman los chilenos a Santa Claus o en San Nicolás o en Papá Noel o en el chofer de camión de Coca Cola, que son todos lo mismo.

Si nos remontamos al siglo IV en Turquía encontraremos al Obispo que le dio origen y veremos cómo los seres humanos tenemos la peculiar capacidad de confundirlo todo.

Hoy, diecisiete siglos después, es más gratificante creer en el niño dios y en la estrella de belén que en el gordo rubicundo que nos ha convencido que la felicidad es un paquetito con papel de colores.

Nuestro sincero deseo para estas fiestas es que lo hisopen, que le dé positivo y que tenga que hacer una larga cuarentena para que los padres asuman la responsabilidad de una buena vez.

Después discutiremos cómo combatir la desilusión infantil.

Disculpen. Corremos las cortinas de la ventana que da a la noche y encendemos, ayunos de otras, las luces del arbolito.

Y sin ser esencialmente religiosos queremos cerrar esta nota y este año con un sabio mensaje de los franciscanos, que resume lo que de verdad deseamos para nuestra inmensa minoría de queridos lectores:

PAZ Y BIEN.

¿Qué más y qué mejor puede desearse?

PENSAR DUELE

Las mentiras resultan a veces mucho más plausibles, mucho más atractivas a la razón, que la realidad, dado que el que mente tiene la gran ventaja de conocer de antemano lo que su audiencia desea o espera oír.

Ha preparado su relato para el consumo público con el cuidado de hacerlo verosímil mientras que la realidad tiene la desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, con aquello para lo que no estamos preparados.

Esto decía Hannah Arendt. Me saco sombrero, boina, gorrita visera y hasta capelina si fuera una dama, para inclinarme ante tamaña lucidez escrita hace muchísimos años.

Profunda analista de los avances totalitarios, su propósito confeso era simplemente comprender. No parece ser poca cosa.

Permítanme ahora una necesaria aclaración.

Cuando este humilde zurcidor transcribe citas de gigantes, no intenta demostrar ninguna erudición; pretende que los queridos lectores que no conozcan la obra de aquellos a quienes se cita le escriban al señor “Gugle” (yo lo hago a cada rato), y buceen en lo que esos gigantes piensan o han pensado. Creo que es una forma de pensar nosotros, subidos en sus hombros.

Aunque como decía también Arendt:

No hay pensamientos peligrosos, pensar es de por sí lo peligroso.

No importa que lo sea. Porque no pensar, aplaudir todo, equivale a no confrontar, nos alinea en el amenazador

unanimismo y torna gelatinoso al espíritu de contradicción y entonces se obstaculiza toda posibilidad de progresar hacia algún punto.

La verdad yace en el fondo de la discrepancia.

Nuestro deber es pensar, distinguir realidad de ficción, y hoy día, noticias de propaganda. Necesitamos debate, contrarios, opuestos. Sólo así llegaremos a acercarnos a algo parecido a la verdad, si es que ésta existe.

Porque lo unánime siempre es peligroso.

Y la verdad revelada ni te cuento. Vivimos una época de polarización donde tu verdad se opone a mi verdad.

No dialogamos, damos por sentado que vos estás equivocado y que además, para colmo, sos mi enemigo por pensar distinto.

Son tiempos –como siempre fueron en realidad– del bien contra el mal, incluso con algo de Guerra Santa, sin que tengamos elementos para saber si lo malo es tan malo y lo bueno es tan bueno.

¿Podremos conseguir algo parecido a la paz o a una tregua para repensar las cosas y dejar de poner el foco en lo accesorio? ¿Es impensable creer que es posible un mundo mejor, más fraterno y solidario?

Soñar con hermanos abrazados, corriendo por los prados tomados de las manos y cantando Imagine, es un delirio embadurnado de tanto amor y paz que pide insulina a gritos.

No quiero decir eso.

Quiero decir que podemos comenzar esforzándonos en el intento de comprender al otro, de ponernos en sus zapatos, de saber algo más de su historia de vida, de sus por qué, de bajar un cambio el rencor.

Se me dirá: es primario, naif, infantil, imposible lo que planteás. Bueno, sí.

Uno a veces camina hacia imposibles, que no otra cosa es la utopía.

Y aporta lo que puede, aunque sea demasiado poco y no sirva de mucho, para dejar el mundo un poquito mejor de lo que es.

¿Conocen esas parábolas aleccionadoras del picaflor que intenta apagar el fuego del incendio volcando el agua de sus alas que mojaba una y otra vez en el arroyo o la del niño que devolvía al mar las estrellas que encontraba moribundas en la playa?

Tal vez la enseñanza de esas parábolas podamos resumirla en una respuesta única de niño y de picaflor que debería ser nuestra respuesta cuando alguien nos pregunte si creemos que conseguiremos algo con nuestra minúscula acción.

- No lo sé, pero es lo único que puedo hacer y lo voy a seguir haciendo.

FILOSOFÍA DE CARDUMEN

En este año de pandemia hemos asistido a una realidad acrecentada: las redes sociales nos han atrapado con un entrelazado del cual es difícil zafar. Nos pescaron por barrido. No me refiero a las herramientas que sustituyen a lo presencial, que todos utilizamos en la familia, en el trabajo, en los distintos foros de interés, sino a la necesidad obsesiva de comunicar todo.

Ni siquiera el tema es ahora la todología donde se opina alegremente de cualquier cosa y si uno no está atento parece tener la misma relevancia lo que dice el tonto del pueblo (como decía Eco) que lo que informa el virólogo. Me refiero a otra cara de las redes, la transparente, esa que nos hace exhibirnos constantemente. El narcisismo y su consecuencia, la auto referencia, ha logrado vender peceras por miles de millones.

Somos pececitos en una de esas peceras. Nos miran defecar, tener relaciones, alimentarnos, desplazar al pececito más chico con un coletazo en la trompa para comer nosotros primero. Y lo mostramos, nos regocijamos compartiendo nuestras íntimas miserias en el supuesto que somos importantes para que todos sepan en qué aguas andamos, qué lindos somos, qué algas comemos, qué bonitas son nuestras majuguitas.

Y ni se te ocurra cambiar el agua o agregar pececitos de otras especies, con otra historia de vida y entonces otras ideas. Rebotamos contra las paredes transparentes pero sólidas de nuestra pecera indignados por la actitud cansina del viejo limpia-fondo y la arrogancia de una robusta velo de novia. Y

gesticulamos hacia el supuesto público que a veces nos presta atención un segundo y luego va a mirar otra pecera porque se cansa rápidamente de vos (y de todo).

Muchos amigos se niegan ser parte del cardumen de la peceras, ése que es inmune al razonamiento, a la empatía, a la tolerancia.

Nunca intentamos salir de la jaula de agua, escapar de las certezas absolutas, que son siempre una cárcel. No se nos ha ocurrido que tal vez seamos capaces de respirar aire puro, que hay otro tipo de bichos allá afuera y que al menos podemos intentar conocerlos. Es un mundo complejo, que funciona a una velocidad arrolladora, es cierto.

Pero si te animás, vas a descubrir que tu propio interés está hondamente entrelazado con los intereses de los demás y que esa es una maravilla que te regala la vida. Noto que, contra mi voluntad, he adoptado tono de pastor religioso. Disculpen.

Pero siento que hay esperanza todavía, aunque haya mayorías domesticadas, Hay un desequilibrio brutal entre nuestra capacidad para pensar y entender la complejidad y la velocidad del mundo en el cual vivimos.

Puede ser que cada día que pasa nos encerremos más en nuestra pecera incapaces de pensar y de entender. La verdadera realidad pasa por el costado. Ahí es cuando uno comienza a preguntarse si la culpa es del pececito o del fabricante de peceras.

Que dios me perdone.

¡MIRÁ LO QUE HAY AHÍ, MAMÁ!

Si miramos con atención en los basurales encontraremos contenidos desechables que han sido abandonados por pasados de moda o porque hoy en día muchos no saben para qué sirven o porque son incómodos, difíciles de llevar.

No hay usina recicladora de residuos que pueda con la avalancha creciente de estos desechos.

Están por allí, apilados junto a las cáscaras de huevo y al pescado podrido.

Son montañas de humildad, honor, honradez, vergüenza, decoro, lealtad, grandeza.

Y a veces pueden verse solidaridad, respeto, ternura y tantos otros que están ocultos por otros desperdicios esos sí usados, que son más mundanos y lucieron mejor cuando eran nuevecitos de paquete.

Los que escribimos estas inconveniencias, somos de una generación que admiró esos valores en la historia, en la literatura (hasta en las historietas) y en alguna gente que nos rodeaba.

Ha sido tan vertiginoso el cambio que muchos nos quedamos boquiabiertos sin encontrarlos y entonces sin entender casi nada. Y nos abatimos, nos sentimos solos en una tormenta cuyo viento nos golpea y nos despeina los pocos pelos sin alcanzar a saber de dónde viene ni dejarnos entender dónde los perdimos y hasta hacernos dudar si alguna vez existieron.

Somos atropellados por la velocidad excesiva de una realidad que transparenta todo y entonces se le ven la verruga y los pelitos a la bruja.

¿Nos han mentido y el honor, por ejemplo, es una entelequia?

¿Nos aferrábamos a esa creencia por ilusos, por inocentes, por idealistas?

La pregunta final es si sirve para algo esta cantinela quejosa con sabor a tango.

Seguramente no.

Es embromado porque se siente el temor de convertirnos en viejos tontos afiliados al “todo tiempo pasado fue mejor” y al “carnavales eran los de antes” cuando, si reflexionamos un poco, nos damos cuenta que, como decíamos en otra “reflexión”, los mejores éramos nosotros y no el tiempo y que en los carnavales los protagonistas también éramos nosotros, alegres mascaritas, jóvenes a puro carnaval apretando el pomo.

Por eso debemos manejarnos con cuidado cuando suponemos que todo está perdido, que nada tiene remedio ni vacuna, que el mundo está podrido, que estamos rodeados de arribistas, improvisados, corruptos, egoístas, asesinos dolosos o culposos, cabezudos terroríficos, papelitos y serpentinas truchos, usados, sucios. Que las montañas de desperdicios ganan la batalla.

Porque no es así.

Hay cosas que persisten, aunque son escasas y parecen extinguirse.

Si miramos con atención veremos aquellos valores éticos que encontrábamos en los basurales. Se mantienen vivos en quienes todavía abrazan cobijando niños de grandes ojos hambrientos y nos llenan el alma de esperanza, de fe en nuestros semejantes, del íntimo convencimiento de que hay algo verdadero en el grito *Uruguay nomá!*

No es lirismo. Abundan los ejemplos de sacrificio, solidaridad, compromiso, manos tendidas y miradas francas. El desencanto

le da paso a la esperanza y entonces el mundo es mejor o, mejor dicho, será mejor.

Esos uruguayos (y uruguayas, para seguir los dictados de estos tiempos) que ponen en práctica cada día los positivos valores eternos del ser humano, son los que están educando de la mejor forma de educar a los que vienen: con el ejemplo.

Uno se ilusiona con que se viralice ese método.

El resto es carnaval.

NO SIGAS CAMINANDO QUE TE VAS A CAER

Nos acecha allí afuera un mundo difícil de entender.

El negacionismo y la conspiración muestran sus dientes filosos detrás de cada esquina y si andamos distraídos, con el cuello al aire, corremos el riesgo de que nos muerdan y de que a través de los orificios nos chupen los sesos.

¿Qué es el negacionismo?. Viejo como el mundo (pregúntele a Galileo), pone en duda a la ciencia y entonces a la razón. *La tierra es plana* es uno de sus afirmaciones más descacharrantes. Por eso en el título digo que te vas a caer.

La razón está emparentada con la universalidad porque ninguna ciencia depende de tu barrio ni de tu ciudad ni de tu país ni de tu continente. Hay una humanidad que se pisotea cuando se desprecia lo racional y lo universal porque, aunque nos cueste asumirlo, damos así un paso decisivo para entrar en el fascismo.

Es duro pero pensálo un poco y después llamáme.

Hacemos un break, respiramos hondo y vamos al segundo capítulo: tan grave como negar metódicamente lo que la ciencia nos demuestra es creer que fuerzas ocultas, poderosas y malintencionadas, dominan nuestro destino.

En un mundo complejo que nos lleva a dudar de casi todo, es cómodo encontrar explicaciones sencillas que te evitan pensar. La culpa es de otros escondidos en las sombras. Y como sólo yo y algunos elegidos nos damos cuenta de la manipulación, estamos por encima del resto de los ilusos mortales que se mueven sin saberlo guiados por los poderosos hilos invisibles de los titiriteros ocultos.

Es una linda cuota de poder.

Quien cree a pie juntillas que hay conspiraciones por todos lados, no tomará en cuenta argumentos en contrario y te considerará algo tonto, ingenuo, o creará, lo que ya es digno de celebración con fuegos de artificio y champagne, que vos mismo sos parte de esas fuerzas ocultas que manejan el mundo.

Hay ejemplos muy ilustrativos.

Cuando éramos muy jóvenes creíamos a pies juntillas que los judíos habían armado un complot para el control del mundo. *Protocolo de los Sabios de Sión* fue un best-seller que quemó cabezas durante mucho tiempo. Un día, de golpe, descubrimos que era una falsificación difundida en Rusia en el siglo XIX por un movimiento antisemita, plagiando el *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*.

Resulta apasionante conocer cómo este panfleto zarista se convirtió en el antecesor del discurso nazi.

Como bien se ha dicho, una mentira, una persecución y una torcida ideología se unieron para finalizar en el Holocausto judío (que, dicho sea de paso, es negado por algunos).

Cuarenta años después de que se supiera en todo el mundo que se trataba de una mentira delirante, nosotros, uruguayitos ingenuos, seguíamos creyendo que ese discurso de odio era verdadero, lo que demuestra cómo cuesta que la verdad le gane a la mentira cuando esa mentira tiene elementos atractivos, inusuales, yo diría sensacionalistas.

Hay conspiraciones verdaderas, nadie puede negarlo pero de allí a aprobar, por ejemplo, las teorías absurdas de QAnon (hay una secta mundial criminal, pedófila y satanista que gobierna el mundo, dicen), hay un abismo.

Debemos tratar de no caer en él.

Es tan profundo que debe doler en pila.

QUE NO TE INVENTEN ENEMIGOS

En estos pandémicos tiempos de blanco-negro, de desinformación, donde la pertenencia tiene más fuerza que los hechos, donde las redes sociales son pura pasión y poca razón, compartamos una brutal síntesis de cuál es el método para propagar el odio en esas redes. Es tan simple y primario que asusta:

Céntrate en el conflicto. Alimenta el algoritmo. Asegúrate de que todo lo que produces refuerza una narrativa. No te preocupes si no es verdad.

¡Eso es conspiración y no la que tengo en casa!

La principal tarea que cada cual tiene es su propia conducta; y para eso estamos aquí, nos decía Montaigne, que no tenía celular y no se conectaba a irracional red social alguna pero tenía un hábito saludable:

pensar.

Ser seres racionales, al estilo Montaigne, nos convierte en fines, nunca en instrumentos de otros: somos hombres libres que no debemos permitir que nos inculquen y fomenten el odio. Hay que preferir el juicio al prejuicio, afiliarnos al libre examen siempre.

El fanatismo y el dogmatismo de cualquier clase se oponen a la razón; para ellos el otro sólo sirve para instalar el dogma, sea cual sea.

Los propósitos tóxicos de alentar la confrontación son tan viejos como el mundo.

Lean lo que decía Joseph Goebbels, Ministro de Propaganda del muchacho del bigotito.

Hay que hacer creer al pueblo que el hambre, la sed, la escasez y las enfermedades son culpa de nuestros opositores y hacer que nuestros simpatizantes se lo repitan en todo momento (....) Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además, tienen gran facilidad para olvidar (....) Una mentira repetida mil veces termina creyéndose como verdad.

¿Qué les parece?

Vivimos tiempos peligrosos porque nuestras defensas racionales pueden bajar en pandemia y entonces debemos estar más atentos que nunca a la invasión de los necios y tener nuestra lúcida propia conducta, al decir de Montaigne.

Como te pueden bombardear desde varios ángulos, te pedimos que estés alerta.

Nunca permitas que te inventen enemigos.

Mirá que hay goebbelsitos por todos lados.

¿Y AHORA QUÉ HACEMOS?

Llegaron las vacunas y somos el país de mayor eficacia en el sistema de vacunación.

Llegaron las vacunas y somos el país con más alto índice de contagios.

La contradicción puede no ser tal pero hay un hecho incontestable: llegaron las vacunas y las gráficas se patean unas con otras.

Se dice que somos un país singular en todo. Chiquitos pero ordenaditos, solidarios, de alta cultura cívica.

¿Sigo? ¿Somos así de verdad?

Esta curiosa singularidad nos hace preguntarnos qué es lo que pasa y nos pasa.

Parece que nos alcanzó un mecanismo de escape, una línea de fuga, algo parecido a una negación, llegaron las vacunas y ya está, la solución mágica está entre nosotros, basta de tanto miedo y así.

¡Llegaron las vacunas, Roberto! ¡Ya podés salir del armario, Carmencita!

La pandemia se terminó es la idea de muchos e influyen cuotas de saturación, de hastío.

Puede entrar aquí la irresponsabilidad de algunos y el creciente ego que engorda junto con nosotros (vivimos un tiempo donde miedo y egoísmo se llevan muchos premios) y entonces el otro importa poco.

Es curioso que pocas veces caigamos en la cuenta que somos los demás de los demás y aquí se resquebraja bastante la idea de que somos solidarios.

Reflexionar desde la comodidad de tu casa es cómodo y poco comprometido pero es lo que podemos hacer los veteranos que estamos de vuelta sin haber ido a ninguna parte. Da un poco de vergüenza perorar mientras otros tienen que salir a la calle a ganarse el pan.

Hay hambre en muchos compatriotas y entonces hierve un caldo de cultivo que consigue que no sea fácil respetar ningún tipo de recomendación sanitaria.

Y si vamos a lo político, muchos pedimos a gritos mirada alta sin afiliarnos a partidarios ciegos y aplaudimos los ejemplos –que los hay– de conciliación y concertación con el objetivo supremo de evitar que se multipliquen nuestros muertos.

Y manifestamos un profundo cansancio por el oportunismo, la mediocridad y la proclama facilonga, venga del bando que venga.

Vivimos un mundo donde caminamos por veredas opuestas y pocas veces nos encontramos en la plaza (casi siempre las veredas bordean una plaza) para discutir las cosas. Somos de un creciente simplismo enfermizo: me gusta, no me gusta; pensás como yo o te equivocás feo y entonces sos comunista o facho, bolso o manya.

Y aquí se resquebraja otro paradigma: que tenemos una alta cultura cívica.

Deberíamos suspender por un tiempo el encono y encontrar mecanismos en común para, precisamente, encontrarnos.

¿Y si los libros nos hacen entender que somos las mismas bestias bípedas?

¿Y si el arte nos hace mirar hacia el mismo lado para darnos cuenta que no somos tan distintos?

Podríamos convocar a militantes confesos de distintos bandos a ateneos culturales en torno a una obra preestablecida. No para discutir. Para disfrutar juntos.

Se me dirá: pero hay quienes no entenderán un pomo de la obra que se proyecte o explique. Es cierto, pero tengamos en cuenta que una idea tan peregrina requiere ser caminada y principio quieren las caminatas.

No es delirante pensar en estos caminos de salida y entendimiento, hay que encontrar la forma. Late en todos nosotros algo supremo que nos hace ser humanos por sobre toda otra consideración. Tal vez la tarea sea rescatar el viejo y querido humanismo de un país como el nuestro que fue ejemplo para el mundo y que en muchos aspectos lo sigue siendo.

Tristemente la depresión crece, la violencia crece, el miedo y el egoísmo campean y los trastornos emocionales van de la mano de los orgánicos. No es toda la realidad, malo fuera, pero es parte de ella.

Y en una encrucijada tan difícil o nos perdemos o nos encontramos.

Una de las secuelas de esta maldita pandemia puede ser hacernos dudar de quiénes de verdad somos.

Pero también puede ser hacernos ver que podemos manejar mejor los diálogos internos, si por suerte los tenemos.

Hay una verdad que no puede discutirse: nadie puede escapar de sí mismo.

Si nos miramos bien y nos encontramos aunque sea en algún rinconcito interior y entonces tratamos de encontrar al otro, esté donde esté, sin prejuzgarlo, tal vez estemos de verdad vacunados e inmunizados contra estos tiempos chapuceros.

¡CERRÁ Y VAMOS!

Cerramos la puerta de este transporte colectivo porque está marcada la hora de salida y se trata de ser responsables.

Este vehículo tiene como destino la esperanza.

Oscar Wilde decía que todo estará bien al final y que si no está bien no es el final.

Asentimos, respetuosos, y salimos.

ÍNDICE

Acá te quiero ver. Pero no te veo	7
Hacéme grande, mamá, que conspiranoico me vuelvo solo	10
Toda verdad absoluta es una cárcel.....	12
¿Y si te callás?	14
No hay nadie en el mundo más humilde que yo.....	17
El nabo del pueblo.....	20
Instrucciones para viajar alrededor de tu habitación.....	22
¡Marquen a los nuestros!.....	25
¿Me permite esta pieza, joven?	27
Aquí nadie tiene la razón	29
Cada migaja es el universo	31
Que quedará cuando todo el ruido se haya ido	33
Se busca gollete urgente	35
El Titanic, el iceberg, el Papa y Miguel Ángel.....	37
Levantate, Ofelia, que ya pasaron los indios.....	39
El susurro del terciopelo	41
Esta galletita tiene gusto a barométrica.....	43
El mar interior	45
El retorno de la policía del pensamiento	48
Se es o no se es	51
Esculpíte a vos mismo, muchacho	53
Veinte centavos en la ranura	56

Apagá la lámpara, María Julia.....	58
¡Fue ese niño, señorita!	60
Calavera no chilla.....	62
Los monos y los apóstoles	64
Viajando al interior.....	67
Los juncos del amazonas	69
Lo lindo del reflexiloquio	72
La invasión de los idiotas.....	75
¿Queremos ir y venimos?	77
De caminos y caminantes	79
Los viejos de la tribu	80
Aliento a Brahma	82
Ejemplares de nuestra fauna criolla: el ñandú desaprensivo.....	84
¡Hisopen a Papá Noel!.....	87
Pensar duele	90
Filosofía de cardumen.....	93
¡Mirá lo que hay ahí, mamá!	95
No sigas caminando que te vas a caer	98
Que no te inventen enemigos	100
¿Y ahora qué hacemos?	102
¡Cerrá y vamos!.....	105

Diseño y armado de Aldo Podestá

Impreso y encuadernado por TuttiPrint

Depósito legal: 000.000

© mayo de 2021





Otro de los libros de un tipo inusual.
Si quieren, miren quién es y qué ha hecho en www.omaradi.com
Si no, no.